

HUELLAS DE LA ENERGÍA

Poemas, cuentos e ilustraciones en tiempos de crisis ecológica



HUELLAS DE LA ENERGÍA

Poemas, cuentos e ilustraciones
en tiempos de crisis ecológica

HUELLAS DE LA ENERGÍA:

poemas, cuentos e ilustraciones en tiempos de crisis ecológica

© Fundación Heinrich Böll, Oficina Bogotá – Colombia



Publicación con licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 2.5 CO
Atribución-NoComercial-SinDerivadas

ISBN: 978-958-56503-6-7

Fundación Heinrich Böll, Oficina Bogotá - Colombia

Calle 37 No. 15-40, Bogotá D.C.

Teléfono: (+57) 1 371 9111

co-info@co.boell.org co.boell.org

Representante: Florian Huber

Autores y autoras

Ludwwin Espitia

José David Barajas Riaño

Linda Oneida Suárez Sánchez

Diana Carolina Gómez Rueda

Andrea Echeverri Sierra

Silvana Flórez Rincón

Iván Wladimir Rodríguez Useche

Ignacio Salinas

Rubén Castillo Pescina

JM «Chema» Cuéllar

Natalia Orduz Salinas

Andrés Gómez O.

Yhonathan Virguez Rodríguez

Jorge Piragua Forero

Lina Hernández Díaz

Alma Cielo Ochoa Starling

Sebastian Chalela Morris

Stephany Patricia Narvaez Peña

Jaime Alberto Quintero Arias

Juliana Betancur Ayala

Bogotá, diciembre de 2019

Dirección editorial

Natalia Orduz Salinas

Coordinación editorial

Ángela Valenzuela Bohórquez

Apoyo Editorial

Santiago Patarroyo Rengifo

Revisión de textos

Juan Camilo Castañeda

Imagen de Portada

Ludwwin Espitia

Diagramación

Rosy Botero R.

Impresión

Alternativa Gráfica Ltda.

Este documento puede ser descargado gratuitamente en co.boell.org

Los textos que aquí se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y autoras y no expresan necesariamente el pensamiento ni la posición de la Fundación Heinrich Böll, Oficina Bogotá - Colombia.

ÍNDICE

EL LADRÓN DEL AIRE

–Cuento– José David Barajas Riaño 5

CILINDROS

–Ilustración– Ludwwin Espitia 14

DIEZ VERANOS, DIEZ INVIERNOS

–Poema– Linda Oneida Suárez Sánchez 15

NO FRACKING

–Ilustración– Diana Carolina Gómez Rueda 21

CÁRMENES

–Cuento– Andrea Echeverri Sierra 22

CAMINOS EXTRAVIADOS

–Ilustración– Silvana Flórez Rincón 29

LA SOLUCIÓN

–Cuento– Iván Wladimir Rodríguez Useche 30

EXTINCIÓN

–Cómics– Ignacio Salinas, Rubén Castillo P., JM «Cherna» Cuéllar 42

FOTOGRAFÍAS

–Crónica– Natalia Orduz Salinas 48

ESA LIGERA INCOMODIDAD DESTRUCTIVA

–Ilustración– Ludwwin Espitia 57

MAS ALLÁ	
–Cuento– Andrés Gómez O.	58
ARS NATURA	
–Ilustración– Yhonathan Virguez Rodríguez	66
PROMETEO AGOTADO	
–Poema– Jorge Piragua Forero	67
ENERGÍA DEL FUTURO	
–Ilustración– Lina Hernández Díaz	74
DISTOPÍA 2151	
–Cuento– Alma Cielo Ochoa Sterling	75
PROFECÍAS	
–Cómic– Sebastián Chalela Morris	83
EL BOSQUE, LAS CIÉNAGAS, LOS PESCADORES: destrucción de 6.000 hectáreas de bosque nativo y de 12 ciénagas en el valle del río Cimitarra (1986-1988).	
–Crónica– Stephany Patricia Narváz Peña	88
LA DESPEDIDA	
–Cuento– Jaime Alberto Quintero Arias y Juliana Betancur Ayala	98
–Ilustración– Carolina Martínez Trujillo	99
RESEÑA DE AUTORES Y AUTORAS	119

EL LADRÓN DEL AIRE

– José David Barajas Riaño –

Como cada mañana al levantarse, Marcus Seldon se aprestó a regar sus plantas junto a la ventana. No eran muchas ni muy grandes, pero para él eran de vital importancia. Verificó la temperatura. 21 grados. Perfecto. El humidificador funcionaba de maravilla. Presionó un botón en la pared y frente a él se abrió un closet. Sacó un traje de paño negro, una camisa blanca, un par de zapatos oxford bien embolados, su sombrero de fieltro y su gabardina. Aunque hacía mucho tiempo nadie se vestía así, él insistía en hacerlo porque se sentía como un personaje de Raymond Chandler. Se vio al espejo. Nada que envidiar a un Philip Marlowe. Revisó sus bolsillos. Todo estaba en orden. Tomó la máscara de gas de la repisa junto a la puerta, la puso sobre su cara y salió de su apartamento. Afuera del edificio se tropezó

con algunos indigentes que dormían frente a la puerta y los esquivó. Mientras caminaba al paradero se detuvo un par de veces a ver las pancartas animadas con las últimas noticias del reality del momento: «La Carrera Presidencial». La noche anterior habían sido eliminados otros dos candidatos tras las pruebas por equipos. Así las cosas sólo quedaban cuatro finalistas. A partir de ese momento la elección del ganador quedaba en manos del público que debía enviar su voto desde su teléfono mediante un mensaje de texto. El ganador elegido gobernaría el país durante el siguiente lustro. Seldon había apostado con sus compañeros de trabajo a que el vencedor sería Trajano. Le había dado buena espina desde la prueba de oratoria en el primer episodio.

El bus llegó a tiempo como de costumbre y tardó exactamente 10 minutos hasta su trabajo. Seldon se bajó en la comandancia de policía, saludó a los guardias, se retiró la máscara e ingresó a su oficina. En el cristal de la puerta se leía: «Oficina de delitos Eólicos». Tan pronto atravesó el umbral dos de sus subalternos se le acercaron.

—Jefe, creo que tenemos a uno de los...

—Jefe, creo que tenemos a uno de los...

—Es un cabecilla de Airelibre, señor —lo interrumpió el otro.

Seldon se quitó el sombrero.

—¿Están seguros?

—Pues no...

—Claro que sí.

—Pónganse de acuerdo —exigió Seldon.

Los dos subordinados se miraron por un instante. El que siempre interrumpía habló:

—Déjeme y le explico, señor. Esta mañana muy temprano nos llamaron de la mansión Mofolo para entregarnos a este hombre.

—¿Y cómo terminó allá?

—Pues trabajaba como jardinero desde hace unos meses en la propiedad, pero hoy el vigilante lo vio por cámara robándose un retoño de un árbol.

—¿De qué especie?

—Aniba.....canelilla —respondió el hombre luego de revisar sus apuntes.

—Canelo de los Andaquíes. Eso no es robo de principiante.

—Eso mismo pensamos nosotros, señor.

—Pero ¿qué los hace pensar que es de Airelibre?

— Pues verá, señor. Cuando el vigilante se dio cuenta del robo inmediatamente selló el vivarium. El hombre no se alteró, solo se sentó en el piso a esperar a que llegáramos. ¿No le parece muy sospechoso? Es como si quisiera que lo atraparan.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Usted ya los conoce, señor. Siempre van por ahí haciendo robos de alto perfil para luego salir en las noticias y hacer sus discursos incendiarios en contra de los bonos de carbono.

—¿Acaso ha dicho algo?

—No, ha estado en silencio todo el tiempo. Sólo ha pedido que no maltratemos el árbol. Eso nos ha hecho pensar que aquí hay gato encerrado.

—O sea que no tienen nada —les dijo Seldon, los dos hombres bajaron la mirada y ordenó—: Déjenme hablar con él.

Los tres caminaron hacia una sala de interrogatorio que estaba ubicada en el mismo piso. Seldon entró solo.

Sentado en una incómoda silla de aluminio estaba un hombre de avanzada edad, de piel morena y ojos rasgados. Vestía ropas holgadas de algodón, igual o más anacrónico que la que usaba Seldon. No era el tipo de persona que solía ver cometiendo estos crímenes.

—Mucho gusto, Marcus Seldon, director de la Unidad de Crímenes Eólicos.

El anciano asintió con la cabeza y lo miró tranquilamente.

—Aurelio Andoque. Mucho gusto —respondió.

Seldon acercó una silla igual a la que tenía el viejo, se sacó su gabardina y la colgó en el espaldar.

—Disculpe, no esperaba encontrarme con alguien como usted.

—¿A qué se refiere? —inquirió el anciano.

—Pues, usted ya tiene cierta edad. No puedo imaginarlo como jardinero. Espero que no se ofenda.

—No se preocupe. A cierta edad uno ya no se ofende.

El director sonrió y luego apoyó sus manos sobre la silla.

—Puedo preguntarle: ¿por qué se puso en estas, a robar con sus años?

—No estaba robando nada.

—No sea cínico. Si está todo en video.

—Sí, lo tomé, pero no lo estaba robando. Planeaba liberarlo —explicó el anciano.

—¡Ah! ¡Entonces si es usted de Airelibre!

—En absoluto. No tenemos nada en común. No me interesa el aire. Ese se puede limpiar con máquinas, como en este sitio. Me interesa es el árbol.

—No lo entiendo.

—Para nosotros el canelo es la emanación material del tiempo.

—¿Nosotros? ¿A quiénes se refiere?

—Mi gente: los Andoque. Aunque quizás yo sea el último. No lo sé.

—Pero ¿para que necesitaba robarlo?

—Ya le he dicho que no estaba robando.

—Bueno. Liberarlo.

—¿Sabe? Cuando era niño mi abuelo solía contarme historias sobre los primeros tiempos. Entonces el hombre era amigo del tiempo y viajaban juntos. Cuando el hombre descansaba el tiempo lo hacía. Cuando el hombre cruzaba un río, el tiempo detenía su flujo para que no se ahogara. Cuando el hombre perdía algo, el tiempo volvía atrás para recuperarlo. Vivieron así por largos años. Hasta que un día el hombre notó que envejecía, así que decidió atrapar al

tiempo en un reloj. Pero siendo el tiempo mucho más antiguo y más sabio, escapó de su prisión, se escondió en el canelo y empezó a correr por su cuenta. Entonces, los días del hombre se hicieron más cortos y los ríos ya nunca se detuvieron y lo perdido ya nunca se pudo recuperar. Sin embargo, el viejo amigo es piadoso y, de vez en cuando, si te sientas en silencio junto a un canelo, puede susurrarte sus secretos y viajar contigo por un rato.

—A ver si lo comprendo bien ¿Entonces el árbol le estaba hablando?

—Sí. Eso mismo.

—Claro. Esos árboles siempre dando malos consejos.

—Al comienzo creí que eran ideas mías. Pensamientos que me saltaban a la cabeza. Pero empecé a notar que a veces esos pensamientos, esas imágenes, eran sobre cosas que estaban por pasar. Y no estoy hablando de algo abstracto. Hablo de cosas que no tenía forma de anticipar: encuentros casuales, accidentes. Ese tipo de situaciones.

—Ajá. ¿Y entonces?

—Empecé a tomarme más en serio esas visiones, esos mensajes. Pasaba más tiempo cuidando al canelo. Aprendí mucho de la historia de mi gente. Pero también del futuro.

—¿Fue ahí cuando le pidió que lo «liberara»?

—Fue poco después. Un día tuve una visión de que un retoño de canelo creciendo y yo llevándolo al bosque. No tenía mucho sentido. Como usted sabe hay pocos bosques y quedan muy lejos. Además fuera de un vivarium hay

demasiada contaminación para que una planta sobreviva más de 24 horas. Era absurdo. Pero el tiempo es más sabio que nosotros y me hizo comprender.

—¿Qué cosa?

—Lo necios que hemos sido. Un río baja por una montaña y construimos una represa para contenerlo; un caballo trota en la llanura y lo domesticamos; una planta crece y la podamos. Queremos moldear el mundo a la medida de nuestros propósitos, pero olvidamos que no somos amos de nada. Somos parte de todo. Por eso el tiempo quiere que lo libere. Para liberarnos también de la prisión del control.

—Ya veo, es muy interesante lo que dice. Sin embargo, por ahora no va a poder ser. Tendrá que ir a prisión. Lo siento mucho.

—¿Y el árbol está bien?

—Sí, no se preocupe. Por ahora está como evidencia, pero ya pronto regresará a sus legítimos propietarios. Haré todo lo posible para atenuar su sentencia. En el informe indicaré que no está en uso de sus facultades.

—No se moleste, director. Me iré de acá tan pronto tiemble la tierra.

—No tengo duda, señor Andoque.

Seldon se puso de nuevo su gabardina abandonó la sala y cerró la puerta. Sus subordinados lo miraron esperando una respuesta.

—Pista falsa. Es un pobre viejo loco. Voy a alistar la documentación recomendando un sanatorio. Ustedes coordinen con el señor Mofolo para regresarle su propiedad.

—Sí, jefe —respondieron al unísono.

Seldon se dirigió a su oficina, encendió su terminal y empezó a dictarle a la máquina su informe. Cuando estaba por terminar todos los objetos de su escritorio empezaron a moverse y a brincar.

—¡Terremotooooo! —gritó alguien.

Todo el personal de la oficina se levantó asustado. Algunos se escondieron bajo su escritorio, otros salieron afanosamente a la calle sin ponerse siquiera la máscara de gas. Al cabo de unos minutos volvió la tranquilidad. Aquellos que habían salido empezaron a toser y regresaron a sus puestos en busca de sus máscaras. Nada grave ocurrió por suerte, aunque en las vallas publicitarias de toda la ciudad se anunció el temblor como la noticia del momento. Seldon recordó las palabras del viejo y mandó a buscarlo. Ya no estaba. Ni tampoco la planta. Durante semanas se emitieron alarmas periódicas para localizar al anciano, pero nunca apareció. Al final el caso quedó archivado y Mofolo tampoco insistió en el tema, después de todo tenía docenas de esas plantas en su casa.

Durante varios meses Marcus Seldon pensó en Ando-que, en sus palabras y en la forma que se había escapado. Se sentía absolutamente frustrado por no haber podido cerrar un caso tan sencillo y permitir que su hoja de vida se manchara con semejante antecedente. Le preocupaba también que su carrera se estancara o peor aún que se terminara, si es que Mofolo decidía actuar en su contra.

Por suerte no tuvo que lidiar con nada de eso.

Una soleada mañana, mientras regaba sus plantas, golpearon a la puerta de Seldon. No esperaba a nadie. Se puso su máscara y alistó su pistola. Al abrir vio a sus pies una caja de cartón sellada y sin remitente. Al revisar su interior encontró un pequeño arbusto de canelo. Lo miró detenidamente y al cabo de un tiempo se descubrió completamente tranquilo, sin que ya nada le preocupara. Se preguntó si el viejo había tenido éxito en su empresa y si aquello que sentía era el comienzo de su propia emancipación.



Ludwvin Espitia. «Cilindros»

DIEZ VERANOS, DIEZ INVIERNOS

– Linda Oneida Suárez Sánchez –

I

¡Ay, ay, ay! ¡Qué dirían mis abuelas!
Al despertar en la mañana y observar así la tierra:
tan seca y vacía, sin nada en la huerta.
Ya no ruje el río, como el tigre entre la selva,
las cañadas se hunden en el silencio
y se contrae la brisa mañanera.

II

¡Si tan solo el tiempo regresara diez inviernos!
Y pudiera vivir en el ayer y repetir cada momento
honraría la lluvia, jugaría entre su seno,
esperaría el verano como regalo del cielo,
abrazaría la cascada, donde hallo mi consuelo,
disfrutando el bosque verde, que abre mi pensamiento.

III

Desde mi ventana, observo la urbe de concreto:
siento que me falta el aire, mientras la contemplo
los ruidos estrepitosos de las maquinas
vuelven a mi mente en un momento
que en el bosque verde no hay ese lamento.
Recuerdo su equilibrio que no trae tormento.

IV

¡Cómo extraño mi tierra! Ese lugar era mi templo:
allí corría entre los cedros, descalza y con aliento,
recogía las vacas, llevaba los terneros
teníamos muchos plátanos, yucas, gallinas, patos y perros.
Ir a la quebrada era el ritual entero,
bañarme y dar muchas vueltas, jugando en el arenero.

V

Hay días malditos, poco los recuerdo
pertenecen a esos hombres perversos, con tentáculos
de hierro
se asomaban en mi montaña a humillar a todo el pueblo.
Nadie nos defendía, de sus voces como trueno:
acusaciones y señalamientos iban y venían,
que usted es de esto o es de aquello
por eso se tiene que ir o los desaparecemos.

VI

Ya la montaña no era mía, su furor me daba miedo.
No pude volver a la cascada y tampoco al potrero.
No me bañaba en la quebrada, tampoco en el arenero.
Esa tarde gris de viernes sangriento
donde se juntaron los fusiles, para hacer el sacrilegio
me dejo sin familia, aquel fatídico encuentro.

VII

Temblaba mi corazón, ante tanto derramamiento
del cual son testigos, algunos grandes cedros.
Con las hojas ondeantes y sublime movimiento
parecían sentir el dolor, que estábamos padeciendo
la inmensa lluvia, era un llanto
y salía de ella huyendo, corría y corría hasta pasar el
riachuelo
antes que sus aguas atajaran el intento
de escapar de mi bello bosque, ahora solo un infierno.

VIII

No existían las gallinas, los patos, ni los perros.
Con el alma destrozada como playa en el invierno,
acompañada de un horizonte negro
así seguía mi vida, en un lugar ajeno
reducido e incómodo, nada como mi bosque bello
donde era muy feliz, hasta que llegaron ellos
a humillar y a destruir todo nuestro reino.

IX

Han pasado diez veranos y a su vez diez inviernos.
El bosque ya no existe, otros lo destruyeron,
capturaron al río, mataron el manadero,
no pude rescatarlos cuando vine a su encuentro,
están muy vigilados por una ciudad de hierro,
hay miles de vasallos, hijos hasta de los que murieron
al servicio de quienes desarraigaron sus vidas
y mataron sus ancestros.

X

Hablan distinto a mí, presumen conocimiento.
Creen que soy ignorante y que no conozco mi monte bello.
Pasan ideas por mi mente, que perturban mi pensamiento
y preguntas sin respuesta llegan al momento:
¿Serán los mismos hombres perversos?
¿Por qué dañaron a mis padres y al resto del pueblo?
Ya ni el cedro me contesta, ni sus hojas yacen en el suelo,
fue cortado para hacer el campamento.

XI

Unas enormes riquezas encontraron en el suelo
y por esa razón lo raptaron y destruyeron.
En nombre del desarrollo que necesitan estos pueblos
argumentaban con palabras todos los expertos
de ahí vivirían muchos y tendrían privilegios:

casa, hospital, carretera, luz y también colegio
todos aplaudían congraciándose en el encuentro.

XII

La sangre ahora es negra, y corre por el suelo
animales huyen, para no llegar a ese veneno
como botín de guerra, la fortuna conocieron
solo unos pocos, que por plata se vendieron
se oye el comentario, el petróleo y el empleo
yo solo veo miseria, ruina, despojo y saboteo
a una tierra sana, prospera que producía alimento

XIII

Solo pido a mis abuelas, no regresar donde nacieron
porque morirían otra vez al ver este desierto
donde no se oye ni las hojas de los arboles,
menos el ladrido de los perros
Se respira aire asfixiante y polvillo desde lejos.
Los camiones pitan fuertemente al paso por los senderos
dejando en la brisa tristeza y desconsuelo.
Al pensar en lo que un día fue aquel bosque bello.

XIV

Sigo en la urbe, llena de cemento
construyendo el bosque de mis sueños
ahora es una miniatura y soy la gigante del cuento

lo protejo, lo acompaño, para que no lleguen los violentos
sin químicos ni venenos, el produce mi alimento
refresca el ambiente y estoy contribuyendo
a sanar las heridas de un pasado eterno
que no deja descansar en paz mi corazón
y a ninguno de mis ancestros.

Diana Carolina Gómez Rueda. «No Fracking»



QUE LA NATURALEZA NO DESAPAREZCA



EN UN PARPADEO



A CAUSA DEL FRACKING.

CÁRMENES

– Andrea Echeverri Sierra –

La muerte de Saúl hace recordar la de Santiago Nasar, un runrún en el pueblo, una sentencia tatuada no en la frente, sino en las manos... La gente lo miraba con nostalgia y hasta evitaba su mirada como si su mera cercanía los condenara también. Lo trataban como si ya estuviera muerto y fuera un fantasma frente al cual se cierra los ojos.

La única que no se había enterado era su mujer desde hace 20 años, doña Carmen Giraldo. Como en la novela, a nadie se le ocurrió que ella no estuviera al tanto. Ese desconocimiento, a pesar de las señales que no quiso ver, no se lo reprocha a sí misma, a su marido sí, algo hubieran hecho. Después de tantos años de repartir intermitentemente miedos y esperanzas, aprendió que la tierra se lleva en la memoria, en el corazón, si acaso en el ombligo, pero

no a cuestras, termina siendo una cruz. Lacónicamente repite: *algo hubieran hecho*.

Doña Carmen es de pocas palabras, las ahorra y recita como si se le fueran a acabar, revivir sus recuerdos los hace menos vulnerables a los caprichos del tiempo, los mantiene intactos y le permite guardar pedacitos de felicidad, de felicidad y de rabia. Esa rabia tan parecida a la felicidad que le incendia las pupilas cuando mira alrededor el sitio donde invasores defienden sueños que no les pertenecen, en el lugar donde iban los suyos hace muchos años.

Yo no sé, afirma mientras sigue con la mirada uno de los soldados que por tener armas se cree el dueño del pueblo *si tanto se llenan la boca hablando del montón de plata que hay aquí pa' dónde se la llevan. Llegan diciéndole a uno un montón de cosas bonitas, pero lo que necesitan es un pueblo sin gente porque a todos esos que vienen a trabajar los traen es de afuera*.

Su pueblo ya no le pertenece más que a operarios que lo habitan intermitentemente... En realidad, ya no pertenece a nadie pues su gente se fue; la tristeza se escucha caminar por las calles, fuera de modernos hoteles y de restaurantes con piso de baldosa y energía permanente. Ése, eso que ocupa el valle ya no es su pueblo. En apenas unos años el bosque seco tropical, uno de los mejor preservados de Colombia, fue arrasado en toda la cuenca del Río Cauca en inmediaciones del proyecto y en su lugar la biodiversidad no pasa de variedades de retroexcavadoras y

de un único árbol en medio de la maquinaria y de la montaña pelada. Una cruel broma para sumarla a la tristeza que con el polvo campea por el valle; como él, ella no está vedada en ninguna parte ahora.

Esa tristeza se le mete a uno por la nariz, se arrastra entre las aguas y las montañas que quedan, se ve en el miedo de los animales. Esa tristeza es el suspiro de los que se fueron y con mayor razón de los que se quedaron, es la guacamaya viuda que llama a su pareja, es doña Carmen en donde aflora ese marchitarse del mundo que sus abuelos le legaron.

Nosotros fuimos de los primeros ... ellos llegaron por allá, por ese filo alto, por detrás, preguntando por Saúl, nosotros sí los habíamos visto por ahí en el pueblo desde hace unos días, pero a una le enseñaron fue a no ver nada por si después otro le preguntaba, entonces no le paramos bolas. Este pueblo no conocía la violencia, pero sí sabía callar porque después se nos metía como pasó en Yarumal con la autodefensa.

Doña Carmen, está hablando de los tristemente célebres 12 apóstoles, grupo que operó desde mediados de los noventa en el cercano municipio de Yarumal, refugio de las FARC por muchos años, hasta que a sangre y fuego los fueron corriendo más abajo en el cañón del Cauca los paramilitares entrenado en la hacienda La Carolina (la misma de la familia Uribe Vélez), desde la cual sale el camino de muertos que dejó la operación de «autodefensa».

Tras la guerrilla, real o inventada, llegan siempre las fuerzas redentoras, que para salvar la patria la están despoblando por pedacitos. Eso pasó en el Norte de Antioquia, cuando la incursión paramilitar o militar según la manilla de turno que se pusieran los soldaditos rasos, perpetró masacres cantadas como las de El Aro o Puerto Valdivia. La guerrilla y sus colaboradores, se multiplican más rápido que los gures o las tatabras, sobre todo en las zonas donde están cantados megaproyectos.

En Santa Rita, de donde es mi familia, la cosa fue muy brava, a la gente que bajaba pa' Ituango, a toda, la bajaban de las escaleras y la mataban, a los niños, a todos, sin preguntar nada. Nosotros teníamos miedo de ir a mercar allá, pero entonces no teníamos que pasar casi. Yo llegué a estar nueve meses sin salir de la playa de Guayacán, hasta que nos tocó irnos, nos sacaron y como nos iba de bien allá, no sacábamos menos de doscientos mil diarios, ahí fue donde nos vinimos para El Valle, y vea, también me tuve que ir, pero tan fácil no se las dejo, eso es como que yo estuviera sembrada acá, uno no olvida tan fácil.

Mira la montaña largo, laaaaargo rato, pero su expresión no cambia y vuelve a su historia acompañándola con un cigarrillo. *El caso, es que yo nunca supe Saúl qué hablo con ellos o qué le dijeron, pero cambió mucho. Le cogió mucho cariño al aguardiente, él que nunca había sido de vicios. Y cuando salía a trabajar pasaba la mitad del tiempo mirando pa'riba, uno creía que estaba buscando que Dios*

le respondiera algo, porque hasta bravo parecía con él, bravo con todos, a todo el mundo como que le cogió rabia.

Pero a Saúl nadie le respondió, ningún dios o paisano alguno; ese miedo hereditario en tantas regiones de Colombia congela los pasos y las acciones y hasta el querer lo vuelve egoísta. *Vea, a la casa llegaron diciendo que iban a matar a esos guerrilleros que vivían ahí. ¡Pero qué iba a ser mi marido guerrillero con lo cojo qu' era! Ni lo hubieran recibido pa' estorbarles en esos montes. A mí, no me hicieron nada, pero a él se lo llevaron, y yo creo que a mí me dejaron viva pa' que todo el mundo supiera qué había pasado.*

Las palabras se le aceleran a doña Carmen, son esos golpes que no ha podido devolverle, no a la vida que no es una persona, sino a las personas que le torcieron la vida, porque, ella sabe quién mató a su esposo y la obligó a irse para que su hija y ella no vivieran en una casa llena de soledades en un pueblo donde sólo veía desgracia.

Como nada que sabía dónde habían dejado a Saúl, me tocó ir donde Franklin, que era el comandante, más malo que Caín era ese hombre, pero yo fui donde él a decirle que no me importaba si me mataba pero que se fijara bien en las cosas qué hacía y que necesitaba saber dónde estaba mi marido pa' poderlo enterrar, aunque qué iba a poder enterrarlo, acá es mucha gente la que uno sabe que le sacan las tripas y los llenan de piedras pa' que cuando los tiren al río no floten.

El Cauca, es fácilmente el cementerio más grande de Colombia, no en muchos países la aparición de un muerto

en las riberas de un municipio consterna más por el erario del mismo que por el asesinato como tal. En este país que mata, remata y contramata lo que más se siembra en los campos es bala, en los ríos los pocos peces que aún sobreviven en esa avalancha de mercurio, cianuro y deforestación, comen muerto también, ¿qué más podrían comer en esta tierra que cultiva plomo?

El calor es sofocante y apenas son las 9 de la mañana, la piel parece querer escaparse de la cara. *¡Si hasta a uno que está acostumbrado le da calor! Imagínese a esos soldados con esos uniformes, subiendo esas peñas, que pa' cabras parecen, sólo pa' irle a joder la vida a uno. ¡Es que les tienen que pagar muy bien! Uno venirse para un pueblo en el que no hay sino culebras y calor, bueno y el oro, que no falte, pero venirse para acá, uno es que no entiende a quién defienden o pa' quién trabajan.*

Su relato es una ráfaga dirigida a quien la escuche, y ella quiere que la escuchen, alguien, alguno de los culpables de lo sucedido, sólo les dispara sonidos y palabras cada vez más airadas. Pero ninguno de los verdaderos asesinos está ahí, Franklin y los otros son sólo la mano que ejecuta, no la que firma simultáneamente la pena de muerte – esa oficialmente prohibida en Colombia- y las «sentidas condolencias».

Yo no sé cómo pueden mirarlo a la cara a uno esos hijueputas, perdóneme la palabra, yo no digo casi groserías, pero eso son, unos hijueputas, ni a los amigos son capaces de defender. Vea, Franklin y el comandante del ejército, el

primero que llegó cuando ya vino la empresa, eran amiguísimos, uno los veía mucho juntos y no les daba ni pena. Llegaban donde Magnolia o a la pollería que había en esa esquina y pedían de todo y quién les cobraba pues.

Ya la pollería no existe, ni la tienda de Magnolia, ella también se fue. Visto desde lo alto la construcción se traga las escasas casas de tapia que aún subsisten, es un coloso, un gigante que ya trascendió la amenaza intrínseca de acabar con todo, ya poco le queda por destruir. Después de cinco años en Medellín, doña Carmen casi duda de que sea éste el territorio que dejó, donde nació y a donde la violencia paramilitar la hizo retornar hace diez años, desplazada de la playa donde su familia cultivaba oro, para que el desarrollo de la empresa le volviera a quitar otro.

Doña Carmen volvió porque la ciudad es triste, *no hay nada qué querer, ni con la hija alcanza una a estar contenta*, y porque anhela, al menos, tener la tierra encima, su tierra, es una forma de vengar la indiferencia, morirse allá, para quitarles un poquito de la tierra que a todos les quitaron antes, por la malas o por las peores, porque buenas no hubo. La tierra la sigue, la lleva a cuestras, aunque sea tan difícil de reconocer. Doña Carmen es la maleza de esa tierra, de ahí no hay quien la saque, ese pedacito de cielo, de cielo restringido que le tocó en esta vida, no se lo sacan del corazón a pesar suyo.



Silvana Flórez Rincón.
«Caminos extraviados»

LA SOLUCIÓN

– Iván Wladimir Rodríguez Useche –

El último día octubre el abuelo falleció. Nos anunciaron una semana antes que sería desconectado, la falta de energía hacía imposible que el respirador mecánico le siguiera inyectando vida. La inminente sentencia de muerte llegó un día en que no había nadie en casa. La carta estuvo bajo la alfombra hasta que por accidente fue encontrada. En la casa ya nadie hacía aseo, ni levantaba los muebles para sacar la suciedad que se acumulaba. Un día al entrar mi madre se tropezó con el tapete después de pasar el portón y descubrió el sobre. que yacía allí escondido. Los gritos me sacaron de la modorra en la que estaba sumido en mi habitación. La corta comunicación con sello oficial del gobierno confirmó lo que ya temíamos, todas las clínicas, hospitales e instituciones que aún tuvieran electricidad

quedarían sin suministro de energía a partir del siguiente lunes.

Un año antes de que el abuelo falleciera se anunció en todo el mundo la solución definitiva a la crisis ecológica. Se acababa el calentamiento global. La tecnología, tan injustamente señalada de la catástrofe ambiental, se convertía en la salvadora del planeta. Atrás quedaba preocuparse por el consumo desmedido, por el cambio de los hábitos, por la caída del capitalismo o por tener que extinguirnos lentamente abrasados por el fuerte calor. Un grupo de expertos que se reunían anualmente había llegado a la conclusión de que la única salida que tenía la crisis actual era enfriar rápidamente el planeta; y por tanto, el sol era el único enemigo que no permitía que la temperatura bajara; así que la solución era así de sencilla, no se debía permitir que los rayos solares tocaran la superficie de la tierra por un largo tiempo.

A partir de allí muchas ideas se lanzaron y descartaron, ya fuera por costosas, poco viables o simplemente por ridículas. Algunos propusieron cubrir la tierra con espejos, reemplazar las nubes por telas oscuras, extender una placa de aluminio por todo el cielo, e incluso, alterar el sistema de rotación de la tierra para que las noches fueran más largas y se enfriara gradualmente por partes el planeta. Al final, la única propuesta que prosperó fue la de rociar un compuesto químico en las nubes para hacer que fueran más oscuras y bloquearan de manera parcial la luz del sol.

Cuando leí la noticia al abuelo un día en que ambos estábamos huyendo del calor en la sala de estar, me dijo de manera sombría: «nadie puede jugar a ser Dios, ni siquiera él se ha atrevido a tanto», y se dio la vuelta con un gesto de disgusto que me decía que era mejor que dejara de leer. La idea a mí no se me hizo mala en principio, parecía una forma rápida y muy práctica de hacer que las cosas se enfriaran para poder salvar a la tierra y a quienes en ella habitamos.

Desde hacía años las noticias eran cada vez más aterradoras. Especies enteras de animales y plantas dejaban de existir. Las sequías e inundaciones eran más frecuentes y casi todos los días aparecía una nueva foto o video de glaciares enormes que se desprendían del Ártico o de la Antártida haciendo crecer el nivel de los mares. Ante este panorama, la idea de que las nubes siempre estuvieran oscuras, como a punto de llover, no parecía tan mala. El abuelo, por su parte, no quería saber nada del tema. Cada vez que un noticiero emitía alguna noticia relacionada apagaba el televisor o dejaba la sala para no escuchar lo que decían.

Los primeros países donde se llevó a cabo el experimento fueron Estados Unidos, Canadá y China. En una secreta cumbre mundial, que no fue transmitida como se hacía generalmente, acordaron que eran los países con mayor interés en desarrollar el proyecto por el bienestar de la humanidad. Recuerdo haber pensado que tal vez

eran los únicos que podían costearlo. Lo que nunca contaron es que empezaban por allá porque eran los que más necesitaban sostener el estado del mundo, tal y como era en ese momento.

Las fotos aparecieron en todos los medios, los presidentes de las naciones con mayor dinero se abrazaban y felicitaban entre sí. Los rociadores, como se llamaban, eran unas máquinas parecidas a globos electrostáticos que se elevaban hasta el cielo y de las cuales salían largas mangueras, como tentáculos de pulpo, que rociaban el milagroso líquido salvador. Las primeras máquinas se colocaron sobre Nuevo México, San Francisco y Los Ángeles, las ciudades más azotadas por los incendios que habían causado las fuertes temperaturas registradas en los termómetros de todo el mundo. Rápidamente se empezaron a ver los cambios. Al cabo de dos días el cielo ya se tornaba gris en las ciudades donde fueron suspendidos los primeros rociadores y la temperatura promedio había bajado 10 grados. Las transmisiones en vivo desde las ciudades beneficiadas por el oscurecimiento las hacían ver como una vieja transmisión a blanco y negro. En las siguientes semanas se suspendieron más y más rociadores sobre estos países. Se instalaron encima de Shanghái, Pekín, Ottawa, Ontario, Nueva York y Washington, por decir algunas.

Durante los tres primeros meses el cielo se oscureció desde el norte hacia el sur del planeta. Los últimos que presenciamos el oscurecimiento estábamos debajo de la

línea del ecuador. Los países se sumaban de forma rápida a esta nueva moda de control del clima. Los más pobres fueron los últimos en comprar los rociadores de nubes, pagados gracias a los créditos y subvenciones aprobadas por aquellos países desarrollados que les empujaba hacia un mundo más oscuro.

Los críticos de la solución no paraban de escribir sobre las suspicacias que les despertaba el renovado ánimo de cambio, y tenían suficiente razón. Los países que ahora se desvivían por subsidiar el oscurecimiento del cielo, no habían movido un dedo para hacer la transición hacia las energías limpias, que tanto se había pedido en el pasado. De hecho, se habían interpuesto con férrea decisión a no permitir que ninguna política de energía limpia prosperara.

En nuestra ciudad se levantó una de las cinco máquinas que fueron importadas al país. Fue el evento del año. Todas las personas salieron a la calle para ver cómo se elevaba aquel calamar gigante. No se presenciaba una ascensión tan famosa y comentada desde el despegue del Apolo 11 al espacio. Le pedí al abuelo que subiera conmigo a la terraza, pero, como me lo esperaba, dio un suspiro y se encerró en su cuarto. Esa tarde me senté en una butaca vieja a ver el vuelo de aquel zepelín. Sabía que los ojos de mi madre desde una ventana o un balcón de su trabajo también estarían contemplando a esa hora lo mismo que yo. Éramos los espectadores del cambio más histórico de la tierra en la época contemporánea.

Pasados dos meses desde el final de la puesta en el cielo de aquellas máquinas, aparecieron las primeras señales de alarma. De repente en varios países de África y Centro América empezaba a llover menos. Los granjeros entrevistados en la televisión decían que los cultivos se perdían y exigían que les aclararan por qué la lluvia no había llegado este año. A la par, otras regiones del mundo empezaron a quedar sumidas en una oscuridad cada vez mayor. Aunque los expertos aseguraban que no era a causa del químico inyectado, las nubes ya no tenían el color grisáceo inicial que se había observado, ahora se veían parches negros, oscuros y compactos dentro de estas. Como si estuvieran incubando grandes porciones de materia podrida.

Así pasaron los siguientes meses y la situación se agravó. No caía una sola gota de agua, a pesar de que el cielo estaba tan nublado como si estuviera a punto de soltarse un nuevo diluvio universal. Algunos países solo tenían un par de horas de claridad cuando el sol lograba filtrar algunos rayos de luz por encima de la gruesa barrera que se extendía en el cielo. Las regiones más áridas y secas del planeta, que dependían de las lluvias estacionarias y de los monzones, se quedaron totalmente secas. En todo el mundo los cultivos se morían a toneladas, los ríos y embalses se desviaban para dar agua a las personas, pero no eran suficientes. Se reportaron las primeras hambrunas y pandemias de escala mundial, que no se veían desde hacía siglos. En otras partes, las temperaturas eran tan bajas

que las personas que morían a la intemperie se conservaban por días como en un refrigerador.

En nuestra ciudad todo empezó con los apagones. Primero fueron de horas, luego semanas, meses, hasta que la electricidad no volvió a llegar. Las informaciones que a las que podíamos acceder culpaban a unos y otros de la situación. Se culpaba a los gobiernos que a espaldas de sus ciudadanos habían quitado el sol. Otros señalaban a los ciudadanos por elegir siempre a políticos cínicos que tomaban malas decisiones. Entre la ida y venida de acusaciones empezó la violencia. La gente aprovechaba la oscuridad para robar, las calles se habían vuelto campos de batalla por comida o abrigo del frío. Se veían filas enormes frente a los supermercados que subían y subían los precios de los únicos alimentos que se conseguían y que eran escasos. La energía se cortó de manera permanente. Los únicos sitios que aún contaban con electricidad eran algunas oficinas gubernamentales, los hospitales y las iglesias que servían de refugio a miles de personas.

Un día que hablaba con mi madre en la cocina de la situación climática, el abuelo entró alumbrado por una vela diciendo que nuestras chácharas no iban a arreglar nada. Todos habíamos dañado el planeta, lo único que podíamos hacer era sentarnos y esperar que nos llegara la hora. Mi madre, que siempre mantenía la esperanza, nos calló diciendo que esto se iba a solucionar. Que el plan para apagar esos aparatos había empezado ya y la tierra

estaba lo suficientemente fría para aguantar una nueva ola de calor.

A la mañana siguiente me despertaron los aullidos del perro de la casa. Aullaba y rasgaba con sus uñas la puerta de mi habitación, con tal afán que me sobresaltó su ansiedad. Al levantarme de la cama noté el enorme frío que estaba haciendo, la ventana estaba totalmente empañada y el piso se sentía como un tempango de hielo. En la otra habitación el abuelo tosía y se revolcaba en su cama con movimientos tan bruscos que las tablas crujían como una matraca.

Cuando me asomé a su habitación vi que el abuelo escupía espesas flemas de color verde pintadas con trazos de sangre. La cara se le veía más cadavérica y apenas las mejillas se sonrojaban con cada arremetida de tos. Al ver como se iba agravando y empezaba a dejar de respirar, mi madre y yo lo colocamos en su silla de ruedas y corrimos a través de los cinco barrios que nos separaban del hospital más cercano. Antes de ir al hospital habíamos cubierto su cuerpo con todas las cobijas que encontramos en la casa pero nada parecía hacer salir el frío que se había acomodado dentro de él.

Ya en la entrada del hospital la fila era enorme. Decenas de personas se aglomeraban rogando que los atendieran. La mayoría de los casos eran niños pequeños que se veían como los que aparecían en los especiales de los canales científicos. Con brazos y piernas hechas huesos y

buches inflados, llenos de gusanos. El abuelo fue puesto en la fila de los adultos mayores, detrás de dos mujeres que estaban acostadas en el piso y que tenían pinta de estar deshidratadas a juzgar por la palidez de su cara y la blancura de sus labios.

Mi madre que había trabajado brevemente en el sector de la salud como secretaria, conocía a un par de supervisores y jefes en ese hospital. Me dejó al cuidado del abuelo mientras se adentraba entre la espesa masa de personas que se acumulaba ante las puertas de vidrio reforzado, con la esperanza de encontrar ayuda más rápido.

Después de media hora, un par de guardias vinieron por nosotros, llamaron al abuelo por su nombre, pero este fue incapaz de responder. Les confirmé quién era y nos pidieron que entráramos con ellos por una de las puertas laterales, por donde anteriormente entraban los camiones cargados de medicamentos, equipos médicos y alimentos. Desde que la oscuridad se había adueñado del cielo, solo entraban por allí cajas con algunos insumos básicos y latas de comida en conserva.

Ya adentro del hospital la situación era más caótica que afuera. Los pasillos estaban inundados de cuerpos moribundos y, creo que en algunos casos, muertos desparrramados a lado y lado. Los familiares lloraban y peleaban con los pocos médicos y auxiliares que aún quedaban prestando atención. Lo único que podían hacer era darles algún analgésico y permitirles estar bajo techo, con algo

de calefacción, mientras el final llegaba. En ese momento recordé una noticia que había leído de un caso en la India en la que una monja, reconocida mundialmente, había creado sitios médicos auspiciados, en los que la gente que estaba aquejada por enfermedades graves iba en busca de algún remedio o tratamiento, pero allí no les prestaban ayuda por falta de médicos y lo que hacían era disponerlos para morir rodeados de oración. El hospital ahora se había convertido en un lugar de esos.

El abuelo fue conducido a un salón enorme donde mi madre se encontraba encaramada en una cama hospitalaria vieja y bastante maltrecha para que nadie se la quitara. Cuando subimos al abuelo, el médico que nos atendió nos dijo que eran casi nulas las oportunidades que tenía el abuelo de vivir. Según se veía, el abuelo había contraído una infección en los pulmones que le estaba impidiendo respirar. La única solución era colocar antibiótico e intubarlo para que una maquina respirara por él. El médico nos dijo también que los medicamentos cada vez eran más escasos. Solo en el mercado negro se conseguía uno que otro antibiótico, pero a precios muy elevados; así que, lo único que se podía hacer por el momento era colocar al abuelo en el respirador artificial y rogar para que el cuerpo lograra combatir la infección por sí solo.

Casi todos los respiradores artificiales estaban libres. Los familiares preferían esperar la muerte sin someterse al sufrimiento de un procedimiento doloroso, como la intubación, sí

sabían que sin antibióticos no había casi ninguna posibilidad de salvación. Mi madre, quien siempre se comportaba de manera irracional ante momentos de estrés o de presión, no lo pensó dos veces. Pidió al médico que colocara al abuelo uno de aquellos respiradores; ella vería la forma de conseguir el antibiótico. El procedimiento fue aún más doloroso de lo que me imaginé. Al no tener ningún anestésico, solo quedaba mantener al abuelo quieto mientras el tubo bajaba hacía los pulmones. Mi madre se sentó encima de su pecho y le inmovilizo los brazos con sus piernas y manos. Yo tenía su cabeza amarrada y sujetaba la mandíbula para impedir que cerrara la boca, mientras con una linterna alumbraba las manos del doctor que maniobraba aparatosamente el tubo.

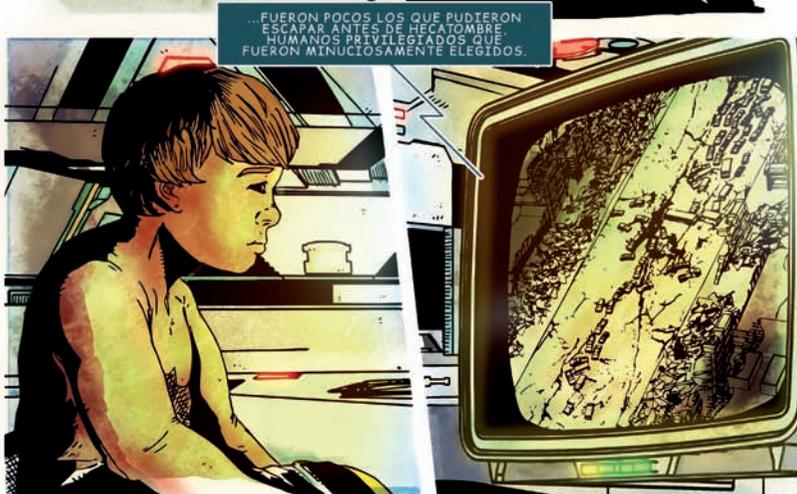
En menos de tres minutos el abuelo ya vomitaba sangre, los movimientos que hacía en la garganta impedían que el tubo bajara y le herían por dentro. Yo le daba vuelta a su cabeza, como me indicaba el médico, para que escupiera y no se fuera a ahogar, y volvíamos a intentarlo de nuevo. Mi madre estaba cada vez más histérica y despeinada por la fuerza que hacía para impedir que el abuelo se levantara. Ella gritaba al médico y este a su vez me gritaba a mí. Debía impedir que siguiera moviendo el cuello. Al final, en el quinto intento el tubo entró y el abuelo se desmayó. El dolor lo dejó inconsciente.

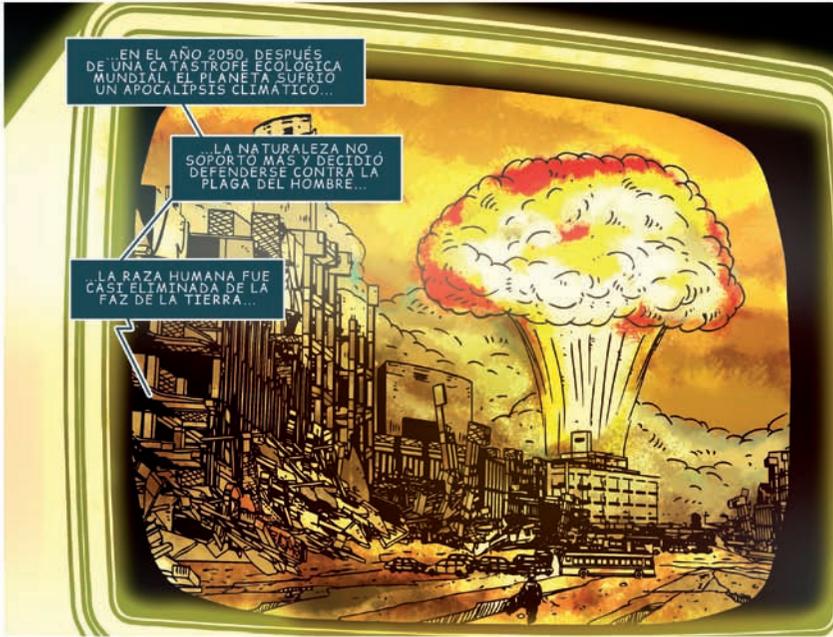
Contra todo pronóstico, el abuelo sobrevivió dos semanas conectado al ventilador. Desde que había quedado sin conocimiento el día que entró al hospital, no había vuelto a

despertar. Mi madre y yo salíamos todos los días a buscar información de cómo conseguir antibióticos sin ningún resultado. La penumbra cada vez era más espesa y era más difícil ir lejos de casa.

La noche del domingo, antes del apagón final que se nos había informado, decidimos desconectar al abuelo. Mi madre quiso apagar el ventilador con sus propias manos y retirar el tubo que bajaba por su garganta. Era tanta la gente desesperada llorando y suplicando a nuestro alrededor, que nadie se dio cuenta del momento en que con mi madre pusimos la sabana sobre la cara del abuelo y nos sentamos en el piso a sentir cómo se detenían las pulsaciones de su muñeca. En ese momento volví a recordar las palabras que me había dicho el abuelo meses atrás: ni siquiera Dios se había atrevido a tanto.

EXTINCIÓN

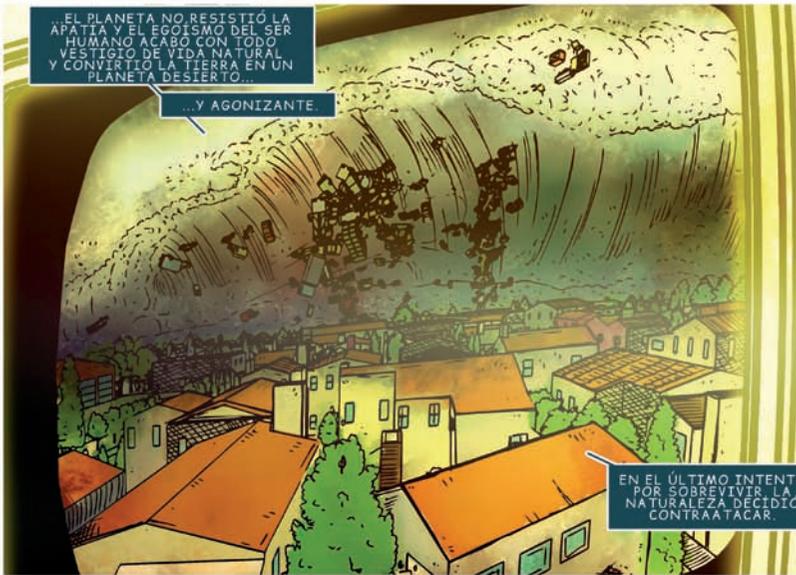




EN EL AÑO 2050, DESPUÉS DE UNA CATASTROFE ECOLÓGICA MUNDIAL, EL PLANETA SUFRIO UN APOCALIPSIS CLIMÁTICO...

LA NATURALEZA NO SOPORTÓ MÁS Y DECIDIÓ DEFENDERSE CONTRA LA PLAGA DEL HOMBRE...

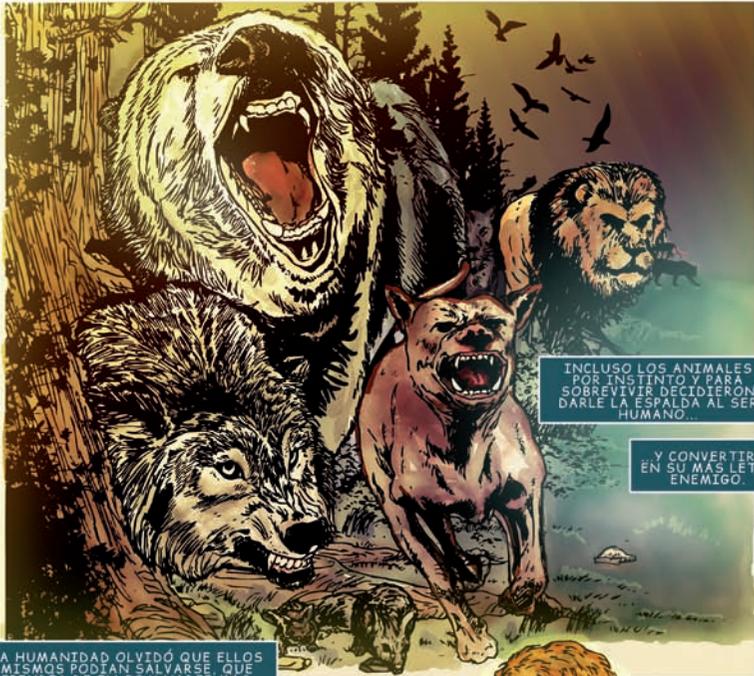
LA RAZA HUMANA FUE CASI ELIMINADA DE LA FAZ DE LA TIERRA...



EL PLANETA NO RESISTIÓ LA APATÍA Y EL EGOÍSMO DEL SER HUMANO. ACABO CON TODO VESTIGIO DE VIDA NATURAL Y CONVIRTÍO LA TIERRA EN UN PLANETA DESIERTO...

...Y AGONIZANTE.

EN EL ÚLTIMO INTENTO POR SOBREVIVIR, LA NATURALEZA DECIDIÓ CONTRAA TACAR.



INCLUSO LOS ANIMALES
POR INSTINTO Y PARA
SOBREVIVIR DECIDIERON
DARLE LA ESPALDA AL SER
HUMANO...

Y CONVERTIRLO
EN SU MAS LETAL
ENEMIGO.

LA HUMANIDAD OLVIDÓ QUE ELLOS
MISMOS PODIAN SALVARSE, QUE
DEPENDIA DE ELLOS Y NADIE MAS...



...EL CAMBIO CLIMATICO
MATO A MILLONES DE
PERSONAS...

Y AQUELLOS QUE NO MURIERON, TUVIERON QUE SER DESPLAZADOS...



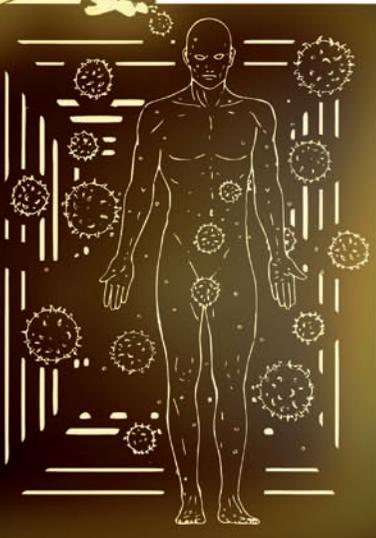
...REFUGIADOS EN TIERRA DE REFUGIADOS, DESAPARECIERON NACIONES Y FRONTERAS...



...ESCASEZ DE AGUA Y ALIMENTO, TEMPERATURAS NUNCA ANTES ALCANZADAS...

...LA NATURALEZA TIENE EL DON DE REGENERARSE, FUNCIONA IGUAL QUE EL CUERPO HUMANO...

...CUANDO UN VIRUS ATACA, EL ORGANISMO POR NATURALEZA SE DEFIENDE Y CREA ANTICUERPOS PARA ELIMINARLO...

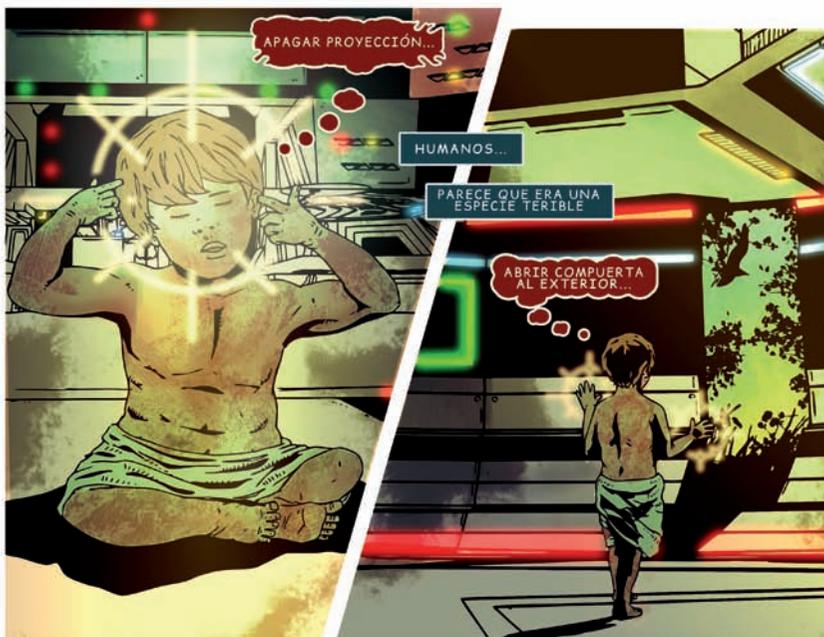




FUE ASÍ QUE DESAPARECIÓ LA ESPECIE HUMANA...

...EL ANIMAL MÁS PELIGROSO DE LA TIERRA Y AHORA...

...OFICIALMENTE EXTINTO.



APAGAR PROYECCIÓN...

HUMANOS...

PARECE QUE ERA UNA ESPECIE TERIBLE

ABRIR COMPUERTA AL EXTERIOR...



EXTINCIÓN

HISTORIA: IGNACIO SALINAS - ARTE: J.M. CUÉLLAR - COLOR: RUBÉN CASTILLO PESCINA

FOTOGRAFÍAS

– Natalia Orduz Salinas –

En mi cuarto hay desde hace un tiempo una lámpara que ilumina hacia arriba. Brinda una luz tenue y amarilla. Me evoca, de alguna manera, la atmósfera de la época del apagón en 1991, cuando hacíamos las tareas del colegio o cantábamos cuando se iba la luz mientras anochecía. Un viejo amigo abandonaba el país y me la regaló. Me la llevé para mi cuarto. Aproveché su nueva presencia como pretexto para reorganizar mis cosas y deshacerme de las viejas.

En esas, encontré un afiche. Amarillento. No recordaba haberlo visto antes y contemplé con cuidado su imagen: tenía un dibujo de un árbol de tronco muy largo, tallado con figuras de rostros y animales. Arriba, en el centro, estaba marcado en mayúsculas: árbol Jenene. Abajo, con letras robustas: Embera Katío.

Neburuby había dicho que Jenené representa la fortaleza de los indígenas Emberá Katío, la que los ha acompañado durante décadas de lucha contra la represa Urrá, sobre el río Sinú, que inundó su territorio. Un día, luego de remontar varios ríos Paramillo arriba, Neburuby me señaló el vasto territorio que inundaría una segunda represa que planeaba el gobierno. Contó también que llevaba ocho años sin pisar esas tierras, por prohibición expresa de la guerrilla.

Varios meses antes de instalar la lámpara, Neburuby me invitó a Montería a participar como asesora jurídica de los Embera en una reunión con funcionarios del gobierno. El día del viaje llegué a la sala de espera cuando todos ya habían embarcado. Una vez dentro del avión, sus motores me arrullaron y dormí la hora larga que dura el vuelo. En el aeropuerto de Montería, llamé a Neburuby. Se disculpó, porque por un descuido había olvidado avisarme el aplazamiento del encuentro. Pero como ya estaba ahí, me invitó a Tierralta a conversar con él y con otras autoridades indígenas.

Tomé entonces una flota que anduvo por una carretera en perfecto estado. Carlos Castaño, jefe paramilitar, la señalaba con orgullo como una de sus obras de progreso para la región. Sí, el mismo jefe paramilitar que le confesó al periodista Henry Levy que asesinaba sindicalistas por no dejar trabajar a la gente y a los líderes indígenas por no permitir el funcionamiento de la represa Urrá

En la polvorienta calle del hospital de Tierralta me esperaba Neburuby, sin el collar de loritos que casi siempre llevaba puesto. Después de un alegre saludo, caminamos hasta la oficina de los Cabildos Mayores de los Ríos Sinú y Río Verde. Ya casi eran las doce y estaba hirviendo. En la oficina había una ronda de hombres vestidos con ropa occidental y solo una mujer con el clásico chaleco negro, corto como el de los mariachis, y con coloridos bordados de figuras geométricas.

Discutían en lengua embera. Cuando me presenté, no hubo necesidad de traducción: todos entendieron o eso mostró el gesto afirmativo de sus cabezas. El emberá sigue siendo su medio natural de comunicación, pero también es una barrera, o mejor, un escudo. Algunas veces es fácil enterarse de que están hablando de fútbol, porque los nombres de los equipos no tienen nombre propio y los nombran en español con un bonito acento costeño. Lo mismo pasa con los días de la semana y con palabras como «gobierno» o «Corte» para referirse a la Constitucional.

Después de un buen rato, Neburuby me tradujo la situación: a las diez y media de la mañana, ese mismo día, la policía había detenido cerca de Tierralta a Efraín, un indígena conductor de los johnsons (como llaman a las lanchas por la marca del motor) que van y vienen por el Río Sinú, medio de transporte principal en esta selva feroz, no solo por la vegetación, sino por la violencia ¿La razón de la detención? No la conocían ¿En dónde estaba Efraín en ese

instante? Tampoco sabían. Lo habían montado en un carro y se lo habían llevado para Montería. El sábado anterior, otro indígena, Amalfi, del cabildo de Karagabí, había sido detenido de la misma forma.

El grupo reunido les ordenó a Neburuby y dos indígenas más salir para Montería. Neburuby me pidió que lo acompañara. Salimos y nos repartimos en varios mototaxis. Rafael, el conductor, mientras serpenteaba las calles de Tierralta, se asombró por mi presencia en ese remoto pueblo, me dio la bienvenida y me invitó a volver. Me miró y me dijo con sinceridad y orgullo: «Tierralta es un buen vivero». Curioso, pensé, es una de las cunas del paramilitarismo en Colombia y ha encabezado durante años las tasas de homicidio del país.

En el terminal tomamos un carro a Montería. Cuando llegamos, ignorábamos por dónde empezar la búsqueda de Efraín, pero Neburuby propuso con acierto ir a la Defensoría del Pueblo. El defensor público que asumió el caso no estaba, pero conseguimos su número telefónico. Lo llamamos y fuimos a su encuentro en el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), en plena plaza de Montería, diagonal al Palacio de Justicia. Solo intercambiamos un breve saludo, porque estaba a punto de entrar a la indagatoria de Amalfi. Nos quedamos en la plaza. Yo ya había estado ahí, pero no había notado lo bonita que es: tiene muchos árboles frondosos que proyectan una sombra agradable. Bajo uno de ellos, llevaba varias horas sentada

la familia de Efraín. Su mujer, dos hijas y tres hijos. Las dos hijas a su vez, cargaban a sus bebés.

Las mujeres embera son unas mamás muy naturales y seguras, incluso cuando son casi niñas. El niño se les trepa, se baja, camina, lo alza el hermanito y ellas nunca pierden la calma. Sin demostraciones excesivas de cariño, lo amamantan, lo alzan y le espantan los moscos.

Los familiares pasaron toda la tarde ahí, en la plaza. De vez en cuando intentaban entrar al DAS para averiguar por la suerte de su pariente, o al menos, la posibilidad de verlo un momento. Pero de inmediato les ordenaban regresar a la plaza y esperar. Observé esa escena un par de veces hasta que me atreví a intervenir. El guardia me preguntó mi identidad y el motivo de mi presencia. Mentí:

—Soy la abogada de la familia de Efraín.

—Ya les he dicho varias veces en un español muy clarítico que no pueden entrar —Me dijo en tono irritado:

Traté de explicarle que si quería hacer más efectivo su mensaje, tendría que hablarles en un emberá «muy clarítico». En algún momento, la mujer de Efraín logró ingresar para llevarle comida. La visita duró diez minutos. Avanzaba la tarde y los familiares seguían esperando. Querían entregarle implementos de aseo y algo de ropa. El detective no recibió el maletín, le pareció que tenía demasiadas cosas. La mujer, entonces, tuvo que desempacar algunas. Me preguntaba cuántos días permanecerían los familiares de Efraín en Montería para estar pendientes de él.

Estaba segura de que permanecerían vigilantes, en silencio, el tiempo que fuera necesario.

Se acabó la jornada laboral y el defensor estaba por fin disponible para explicarles a Neburuby y a los demás acompañantes la situación: en un álbum del ejército, en donde había fotos de los indígenas, algunos desmovilizados habían señalado a los detenidos por colaborar con la guerrilla. El defensor estaba molesto. Explicó que en un territorio en guerra, al que no *colabora*, lo matan. Como en esa selva las únicas vías son las fluviales, para un lanchero como Efraín *colaborar* podía ser cualquier cosa: transportar al guerrillero de un lado a otro, cargar unos víveres o enviar un mensaje.

Y así había iniciado una investigación por delito de rebelión en su contra. La molestia del defensor se volvió casi furia cuando repudió al Ejército por tomar fotografías de los indígenas sin su autorización. En contraste, Neburuby permanecía tranquilo, tal vez porque ya estaba suficientemente curtido tras años de atropellos tan injustos como absurdos. Por mi parte, sentí un gran alivio de que el defensor estuviera del lado de los indígenas.

Antes del anochecer, Neburuby, varios acompañantes y dos de los hijos de Efraín se devolvieron a Tierralta. Todos, menos la esposa de Efraín, su hija Johana, de veinte años, con su segundo bebé, y tres hijos más que eran niños pequeños. La mujer de Efraín, cuyo nombre nunca entendí, me preguntó si pasaría con ellos la noche y en

dónde dormiríamos. No lo sabía. Yo también era extraña en Montería. Finalmente, hablaron con un pariente que vivía allá y averiguaron la dirección de una pensión.

A esas alturas, ya me habían acogido las dos mujeres y los niños, aunque por la mañana solo intercambiábamos miradas. Durante las largas horas de espera, la curiosidad de los niños venció su timidez y de repente estaban jugando en la banca donde yo estaba sentada. Luego llegó Johana, muy delgada, de pelo negro y larguísimo. Sonreía, a pesar de la situación. Como si yo fuera parte del grupo familiar, me arrastraron hasta un taxi para ir a la pensión.

Reconocí la zona que atravesamos: el mercado central, en donde en otro viaje había comprado unas hamacas y unos toldillos, entre una multitud de gente y arrumes de objetos y una fusión de sonidos estridentes, entre vallenatos, pitos de taxis y alaridos que anunciaban rebajas. De noche, en cambio, la calle se veía abandonada, oscura y polvorienta. El río Sinú estaba detrás del lindo malecón de Montería, donde los transeúntes más frecuentes son las iguanas. Sobre él caían los últimos rayos del sol y la superficie brillaba plomiza y anaranjada.

—Mira —me dijo Johanna—, ahí está el río.

Lo miré de reojo, a mi pesar, porque el taxi volteó a la derecha antes de detenerse. Nos bajamos y ellos supieron inmediatamente a qué edificio ir. Allí pidieron una habitación. Costaba ocho mil pesos. Era una pieza con una litera estrecha y nada más.

—Usted se queda en la cama y nosotros en... —dijo la esposa de Efraín y señaló el piso.

Como en los tambos de la selva, iban a compartir todos el mismo espacio y dormir en el suelo.

Les pregunté si tenían hambre. «No almuerzo», dijo la mujer de Efraín. Ya era de noche cuando salí con Johana a buscar comida. La zona estaba muy sola, pero encontramos un sitio en el que nos envolvieron arroz, pollo y plátano en papel aluminio. Llevamos una botella de gaseosa, vasos y servilletas. Comimos callados, cada uno concentrado en su lugar. Estaban todos sentados en el piso, cuatro niños, Johana y la esposa de Efraín, descalza, como estuvo todo el día. Su silencio hacía casi imperceptibles sus lágrimas. Una fotografía mental de la escena se colgó para siempre en mi mente, con una etiqueta que dice: la justicia en Colombia. Así sí, pensé, contra gente así, la justicia funciona como un relojito: implacable, célere y eficaz.

Después de comer, me fui al hostel de costumbre. Al día siguiente, todo ocurrió muy rápido, no fue un día de espera como el anterior, sino de ajeteo. Cuando llegué, a las ocho, la familia ya llevaba dos horas en la plaza y Neburuby había vuelto de Tierralta. Fuimos juntos a la oficina del defensor, a un antiguo edificio sin ascensor, aire acondicionado, ni internet. Los apoyé en el proceso de escribir los alegatos, porque conocía bastante información sobre la situación de derechos humanos de los Embera Katío y de algunas medidas de protección jurídica nacionales e internacionales con las que contaban.

A las doce salimos y me comprometí a terminar el documento en un café internet. Llevé el boceto en una memoria usb del defensor. A la hora del almuerzo, Montería está tan muerta como su brisa. Recorrí no recuerdo cuántas calles alrededor de la plaza, hasta encontrar una casa esquinera con un café internet abierto. Trabajé concentradamente: mi avión a Bogotá salía a las tres de la tarde. Logré completar la información, poner citas y confirmar datos. Imprimí y salí.

En la plaza entregué el documento al defensor. «¿Y la memoria *usb*?» me preguntó. La había olvidado, como también el camino al café internet. Tratando de controlar la desesperación del afán y el calor, recorrí confusamente las calles y el azar me ayudó a encontrar el lugar en poco tiempo. Corrí de vuelta, faltaba una hora para el despegue de mi avión. Entregué corriendo la *usb*, no alcancé a despedirme de la familia de Efraín y a duras penas alcancé a decirle adiós a Neburuby.

¿Qué habrá ocurrido con Efraín y su familia? me pregunté cuando encontré el afiche del árbol Jenené. Mientras buscaba cinta para pegar el afiche cerca de la lámpara, el celular me anunció un mensaje de texto. Apenas estuvo en la pared, revisé la pantalla. Luis Fernando Arias, amigo kankuamo me había escrito: se mató Neburuby. El líder emberá no sobrevivió un accidente de tránsito.

Mientras pienso y escribo sobre todo esto, sentada en mi casa, tomo otra fotografía mental: el árbol Jenené del afiche está iluminado de forma tenue y bella con la luz de la lámpara, sí, con luz eléctrica que nace en alguna represa en algún lugar como el resguardo Karagaví en el nudo de Paramillo.



Ludwina Espitia. «Esa ligera incomodidad, decirlo, viva»

MAS ALLÁ

– Andrés Gómez O. –

(Curatella americana): el chaparro sería digno de sembrarse en Marte una vez los humanos colonicen este planeta. Es un arbusto que resiste al fuego, corte de su tallo, sequías extremas y suelos arenosos pobres de donde rebrota, florece y fructifica copiosamente hasta configurarse como una de las plantas más abundantes de las sabanas de la Orinoquia colombiana. Sus hojas son tan ásperas que se equiparan a una lija número 80 y en algunos libros referencian su uso para pulir madera y a manera de esponjilla metálica para fregar y brillar las ollas tiznadas. En la Orinoquia, alrededor de los chaparros se forman las llamadas matas de monte, que poco a poco aumentan su tamaño hasta constituir fragmentos de bosques en medio de las sabanas. También es utilizada en el tratamiento de enfermedades gastrointestinales, del riñón y hepatitis. Áspera pero muy útil. (Brayan Rodríguez, 2018)

L

a planicie se hunde más allá del verde reseco del horizonte. Camionetas, machos, carro-tanques, grúas y cama-bajas avanzan por caminos desolados, sus ruedas trituran la arcilla que se eleva al aire y cae sobre la escasa

hierba. Tras la polvareda el brillo ilusorio de las facilidades de producción.

Era lo que decían los más viejos, que desde más allá de la llanura venía el amanecer montando sus caballos, y que su galope levantaba el olor a hierba fresca que traía el viento en las madrugadas. Eso decían ellos, los que vivían acá antes de que llegaran las petroleras dijo el hombre. Pero ya los recuerdos se volvieron ausencias y lo único que queda es ese polvo rojizo que sabe a tristeza oxidada, y que esconde cualquier esperanza. Cuando uno está parado allá en la mesa es que lo siente. El viento azota la torre, y todo se tambalea, uno cree que no va a resistir. Una vez oí a un encuellador decir que allá arriba, en el trabajador, el aire olía a presentimiento, como al último aliento que respiran los moribundos, y que era afilado como un machete a punto de cortar. Ese viento carga el polvo que se escabulle en los dormitorios, en la cocina, bajo las puertas de los geólogos y del companyman y que se va quedando adentro y se mete despacio por entre los lentes de protección a los ojos y por un lado del tapabocas a la nariz. Y va secando las entrañas. Se va quedando uno muy seco, muy seco... repitió el hombre en tono casi imperceptible. Pidió otro trago. Acercó su mano al bolsillo desgastado del pantalón. Allí seguía su cajita de música. Afuera, el viento doblaba las ramas de los chaparros. El escándalo ramplón de la música se confundía con las voces del gentío, mientras en las cantinas las mujeres, sonreían sin ganas

tratando de hacerse a algún cliente. Una luz amarilla rodeada por cucarrones confundidos iluminaba el mostrador. Por los pozos, la llanura hace mucho que perdió su color, dijo el hombre. Contaban que antes era un mar verde que se volvía multicolor con el pasar del sol sobre los morichales. Ahora todo lo entierra ese maldito velo de polvo y humo de motores que cae a la tierra como paladas sobre un ataúd. Allá la noche es un recuerdo vago que intenta escurrirse en medio de los reflectores y sólo se asienta por fuera de la alambrada, en la negrura repleta de los balancines que espantan los bujíos con sus chillidos de metal, en el parpadeo de las luces rojas en la corona de los otros taladros. Cuando llueve, la polvareda se aplaca por un momento, y todo queda hecho un lodazal por el que los camiones casi no pueden pasar. Uno camina con el barro hasta la rodilla, calzando esas botas amarillas, pesadas como grilletes. Y pronto se va la lluvia y vuelve el polvo y la tierra y las almas no se alcanzan a lavar...

Dos de las mujeres caminaron hacia el hombre. Se acercaron y vieron su ropa roída. Prefirieron seguir de largo. El hombre bebió lo que le quedaba y continuó hablando. De los pozos lo único que nunca se va es la codicia. Todos alardean de lo que ganan, hablan de lo que van a comprar, de las muchas mujeres que pueden mantener. Ríen a carcajadas, con orgullo, pero detrás los amordaza un mismo vacío, que no se llena con dinero, que se vuelve remordimiento y que todos vemos pasar, aunque no se lo digamos a nadie:

lo vemos caminar de casco y con barbuquejo como un cuñero más, bajar de la casa del perro por las zarandas hasta la unidad de logging, conejear la tubería, cargar sacos de química y luego tomar café donde el soldador...

El hombre miró a la vieja que atendía las mesas. Levantó el vaso vacío para pedir otro trago. Ella tomó una de las botellas de la estantería. La trajo despacio, arrastrando las piernas con dificultad. Destapó la botella en un movimiento lento frente a él y sirvió. Después de dar un primer sorbo, el hombre prosiguió. Es que, de tanto tiempo sin probar alcohol, incluso esto es un alivio. A uno le hacen prueba todos los días a ver si ha tomado algo. Como si no supieran que por allá no llega el trago. No llega nada, ni los sueños que se pierden por la polvareda...

Las ramas de los chaparros batallaban contra el viento. El estruendo de los parlantes aturdió a los hombres solitarios en las cantinas. El hombre se quedó pensativo, sus ojos nublados como por un mal presagio. De nuevo comenzó a hablar. Yo de lo único de lo que le puedo contar es de la perforación. En los pozos he pasado veintiún días al mes durante muchos años. El dinero me llevó a esos fierros y ahora soy lo que ve, y todavía sigo en esto. Hace mucho que fue mi primer turno. Recuerdo que el conductor que nos llevó nos dejó a la entrada con los vigilantes. Veníamos todos hambrientos y él preguntó si podía seguir para comer. No lo dejaron. En cuanto bajó las maletas al suelo le dijeron que se fuera, que ese no era lugar para

cualquiera. Yo me quedé llenando mi tarjeta a la entrada, con la maleta y una bolsa con el casco y las botas en aquel lugar extraño, en medio de la explanación. Desde allí podía ver el taladro botar humo por todas partes. Oírlo rugir. Le pregunté al que iba conmigo qué era lo que debíamos hacer. Obedecer, fue lo que me respondió. Lo único que hacemos es obedecer. Y luego nos condujeron a un trailer grande, destartalado, montado sobre cinco adobes y con una puerta en un lado, sin escaleras. Tuve que levantar muy alto las piernas para alcanzar a entrar. Allí descargamos el equipaje, en unas camas desvencijadas y sin tender. Los que iban conmigo salieron hacia el casino, vestidos como estaban. Yo arreglé un poco el desorden de sábanas y cobijas y me acosté. Cerré la puerta y todo quedó oscuro...

La vieja lanzó un grito agudo a una de las mujeres para que atendiera una mesa. El hombre trató de enfocarla. Le pareció que una sombra la escondía por un instante. Se dio un trago largo y de nuevo se llevó la mano al bolsillo. Como le decía, lo primero en venir a mi mente en esa oscuridad fueron los ojos de mi jefe en la oficina. Trataba de intimidarme. Me preguntó si conocía la operación, si sabía con qué herramientas se construía, con cuáles se mantenía, con cuáles se tumbaba ángulo. No esperó respuesta. Sólo hablaba. Decía que los mejores estabilizadores eran los watermelon porque eran menos agresivos. Yo seguía mirándolo, tímido, sin saber qué decir. Un ensamblaje empaclado siempre será mejor para mantener verticalidad, decía,

y como siempre van a tratar de ahorrarse lo que cobramos, no van a perforar la primera sección con nosotros. Luego habló de doglegs, trayectorias tridimensionales, motores y mwd. Sobre tipos de pozos, las jotas, los horizontales, los sidetracks. Me dijo que él los había hecho todos y que por eso ahora estaba donde estaba. Me tranquilicé. Entendí que no quería oír respuestas. Sólo que tuviera claro que él era el jefe. Quería decirme que si aceptaba el trabajo y seguía por el mismo camino, un día sería como él. Ahora sé que me engañó. Luego me preguntó si sabía calcular el peso sobre el martillo, y se quedó en silencio. Tampoco dije nada. Me preguntó entonces si conocía la llanura. No alcancé a responder. Me miró a los ojos y me preguntó si el dinero era lo más importante en mi vida. De inmediato respondí que sí, que el dinero era lo más importante... El hombre acercó de nuevo su trago y lo terminó de un sorbo. Un reflejo de luz hizo notoria la ausencia de una falange en su mano derecha, apoyada con disimulo sobre el vidrio del vaso. No sé por cuánto tiempo estuve en el trailer, continuó el hombre. Creo que lo suficiente como para no asustarme con el ruido y hacer cuentas de todo lo que me iban a pagar. Recuerdo que unos días después, en la madrugada, me pareció que todo estaba en silencio. Alcancé a oír el viento, y lejanas, unas cigarras enfurecidas. Cuando desperté, el ruido seguía allí. Me di cuenta de que estaba soñando. Y ahora que lo pienso, nunca pude volver a soñar... Mejor pedir otra botella, dijo el hombre, y darle un trago a las ánimas a ver si

se llevan entre sus harapos tanto recuerdo... De mi primer turno ha pasado ya mucho, dijo. No sé cuánto, en realidad. Uno mide los días por lo que falta para el cambio de turno, y luego en el trailer trata de dormir mientras no haya problemas. Parece que a nadie le preocupa cómo se va escapando la vida mientras paguen lo que pagan. Uno está allá arriba, contra las barandas de la mesa, viendo salir el sol, anochecer, llegar las tormentas y escampar de nuevo, y subir y bajar las mismas escaleras de metal, con los ojos puestos en las botas que uno recuerda haber usado nuevas un día, que se van haciendo viejas, como si esa fuera la única huella que dejara el tiempo. Pero luego dan otras botas nuevas y todo vuelve a empezar. Y allá seguimos todos, esperando algún minuto para salir a la portería y fumar y dejar volar el humo para que se lo lleve el viento más lejos que la vida en ese encierro, o más allá, para el lugar donde se va la música de mi cajita cuando le doy vueltas a la palanca y quiero recordar cómo se sentía el amor...

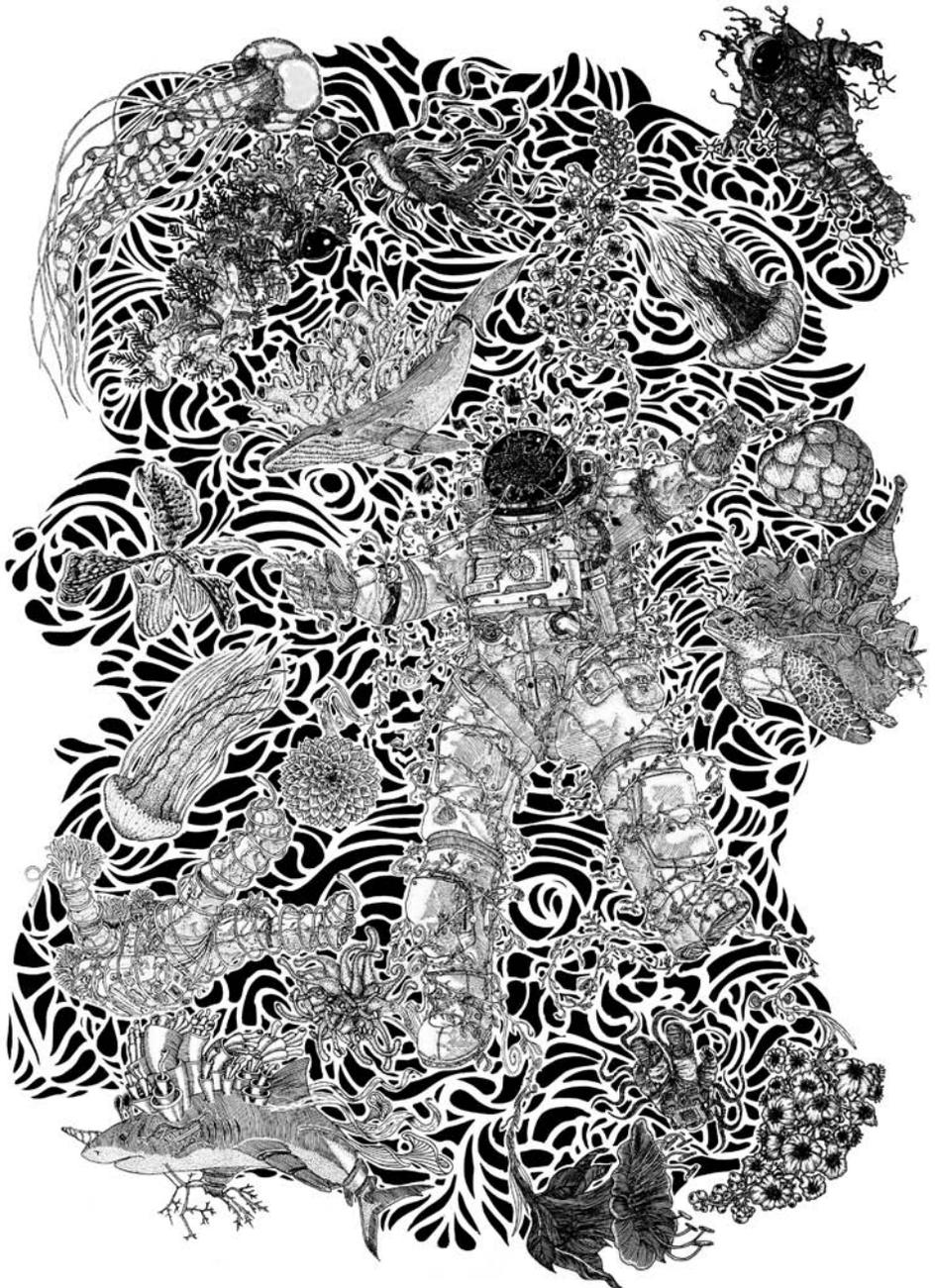
La tristeza se volvió minúsculas gotas en los ojos del hombre. Tomó el vaso y lo vio vacío. No esperó a la vieja y se sirvió de nuevo y continuó. Estoy harto de los motores de las bombas, de las llaves de potencia, de la hidrolavadora, del chillido del malacate, ese ruido va a terminar por enloquecernos. Así tiene que ser, me dijo uno. En el silencio, tendríamos que oírnos a nosotros mismos. Y entonces me fui del pozo, como muchas otras veces, diciendo que no volvería jamás. Pero nunca me parecía suficiente y volvía,

y vuelvo siempre, desde esa primera vez, cuando todavía imaginaba el día en que echaría fuego a mi overol. Pero la vida se me fue yendo entre marcar una equis en el calendario hasta el día de descanso y hacer las cuentas de lo que me pagarían ese mes. Uno se va dejando llevar, se va perdiendo en ese polvo rojizo, que lo va secando a uno, que lo deja muy seco, muy seco...

El hombre tomó el vaso en su mano y lo bebió de un trago. Afuera la multitud caminaba desorientada. El viento había cedido y los chaparros seguían en pie. Las prostitutas comenzaban a salir de las cantinas. El hombre palpó su bolsillo. Sintió la punta redondeada de la manivela de su cajita de música y se quedó mirando al suelo. No quedaban cucarrones volando. Habían caído al suelo y ya no se movían. Habían dejado de luchar.

Más allá de las facilidades, las luces rojas en la corona de los equipos siguen parpadeando, y entre la negrura, los balancines no paran de exprimir la tierra; despliegan la vida entre tubos herrumbrosos, impulsan el tiempo líquido que llenará los tanques de un poco más de tiempo, que se vaciará aquí y allá y que dará vida a un lugar invisible, allá, afuera.

Las estrellas se asoman en el cielo, encima del polvo



PROMETEO AGOTADO

– Jorge Piragua Forero –

I

Algunos no funcionamos:
la ropa ahora exige
ser masajeadada con la piel.
La comida se muere joven
en el ataúd de lata.
Tenemos que recurrir a las baterías,
a las ceras y el pabilo.

El silencio es oscuro
y los antiguos misticismos
se despiertan. Antes no había
electricidad, antes no había fuego,
antes no había estrellas.

II

(diciembre y su penumbra)

El agua se torna en rayo y
en tensión lejana que nace en el embalse.
Y por labores titánicas
—más específicamente, prometeicas—
los armatostes tienen vida.
El cordón umbilical
se extiende por kilómetros.

¿Y sin agua?

En diciembre las luces navideñas
más necesitan combustible
y el agua escasea.
Hay apagones.
El arbolito de navidad
se queda en silencio. Se encienden las velas
en las novenas junto a las carnes frías.
Prometeo está sediento:
re-preso y sin un vino que tomar
mientras los villancicos son celebrados.

Diciembre solo es el simulacro
suavizado por los gozos.

III

En los pueblos la luz se va
y vuelve como la luciérnaga
perdida y ebria de aceites nocturnos.

Solo queda esperar
que los bombillos respiren,
que la nevera vuelva a rumiar
con su ronquido constante;
que no dure mucho, aunque a veces
puedan ser días
si una torre
ha caído frac/tu/ra/da en medio
de un cerro oculto entre la cordillera.

Si el ventilador no gira su cuello
o el televisor está muerto
con su reflejo negro,
solo queda esperar y encender
un coro de flamas y linternas.

Pueden ser cinco minutos
o unas cinco horas,
y solo queda la esperanza
de que la luna no se oculte
tras una nube mercenaria.

IV

Luis Vidales escribió en sus poemas
los nuevos mundos nocturnos
que nacen luego de partir el sol.

Postes de luz amarillenta y oscilante:
la noche en las ciudades
se inunda de amarillo y,
más recientemente,
de blanco magnesio.
Ya no caminamos
con el favor de la luna,
ahora trotamos bajo obeliscos
de soles artificiales que revelen
el peligro y la soledad.

V

Se incinera el planeta
como la mosca que cae en la llama.
Se secan los glaciares y
se derriten los lagos y embalses,
tan lentamente como las chispas
que crisan las alas transparentes.

La demanda aumenta
como los grados oceánicos.
Se gesta un diciembre eterno

donde Prometeo, agotado
y en estado deplorable,
cesa su servicio angelical.

Incineraciones malsanas.

La energía se transforma
con resultados atroces.
Los procesos y orígenes
son complejos.
Pero el televisor, «eléctrica compañía»,
no nos abandona mientras
las operaciones ocurran
y Prometeo escupa sus últimos alientos.

VI

Un aire fresco recorre el desierto
como un perpetuum mobile.
El viento se enreda
en la altura de los pedestales giratorios.
Prometeo baila y respira
porque el agotamiento ahora es furor.
Los armatostes pueden rumiar
y girar y calentar y enfriar
sin la culpa
de la fatiga y la resequedad.

En otros desiertos la luz
se vuelve el alimento de los ingenios
y los hogares lejanos. El sol
ve su rostro en los espejos negros
que absorben su energía.
Ahora los heliotropos son rígidos
y Prometeo los recoge en ramos
mientras baila en el desierto.

VII

En las ciudades ya no conocemos
la guía de las estrellas,
la lumbre de la llama
ni el negro silencio de la oscuridad.
Dependemos ahora del titán
que nos mantiene entretenidos
y saludables.

Sin la energía, el agua seca,
los fósiles y los gases,
volveremos al origen,
al viento, la marea y al sol;
y si Prometeo se rinde,
derrotado bajo el cielo contaminado,
condenado al águila del «progreso»,
su hígado devorado será la marca de la caída.

La necesidad latente, íntima compañera
desde hace un siglo; fantasma vibratorio
que corre tras el muro y activa
los objetos inanimados, reproduce el arte,
mantiene la vida del enfermo,
construye las guaridas donde moramos
y distrae nuestra mente después
de los largos días de trabajo.

Sin Prometeo, las ciudades afiebradas,
ansiosas, moribundas por el diciembre perpetuo,
digerirán a sus propios habitantes.

Aquellas que no dependen del Prometeo Agotado,
suficientes por sí mismas, encontrando la luz
en otros astros y la energía en otros medios
verán un mundo sucumbir
en la lejanía de otro cerro.

QUEREMOS LUZ

QUEREMOS VER LA LUZ

ENERGIA LIBRE



Yo no soy real, no puedo salvarte de una crisis ecológica, no abusos de los recursos con los que se obtiene la energía

TARENA ENERGETICA

DISTOPÍA 2151

– Alma Cielo Ochoa Sterling –

Ver las hojas caer ya no hace parte de la cotidianidad humana. Tantas cosas han cambiando que las transformaciones se han vuelto rutina y poco recuerdo de cómo vivían mis tatarabuelos hace cien años.

Dirían aquellos que en esa época al menos todavía se podía contemplar el surco de los ríos, ver cómo los árboles brotaban hojas verdes y luminosas y, sobre todo, sentir y oler el agua salada del mar. Decían los viejos que en tiempos aquellos el oxígeno era respirable y que no había que pagar impuestos para acceder a él, ni mucho menos usar máscaras para contenerlo.

Año 2151, todo ha cambiado. A mis 51 años hago parte de la población que nació a principio de un nuevo siglo, por eso es fácil recordar mi edad y las añoranzas del año 2100.

En el año 2010 se pensó que la humanidad podía cambiar el curso de la historia; es decir, que las energías —que hasta hace más de un milenio nos habían mantenidos calientes— podrían haber sido reemplazadas por otros tipos de energías provenientes de otros planetas.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. La realidad es otra. Como bien les enseñaron a los de mi generación —ahora ya no lo enseñan en la escuela, me comentó mi hija— en el año 2065 se acabaron las energías fósiles. El petróleo y otros de sus derivados, como la gasolina y el diesel, se fueron extinguiendo, no por conciencia ajena sino por oportunismo político. Según las explicaciones de los grandes científicos del siglo, ya no había ninguna fuente de extracción, ni mucho menos quien invirtiera en ellas. Para los grandes zares del petróleo, este dejó de ser negocio: empezaron a invertir en otros servicios que daban más dinero.

Si la extinción del petróleo ponía de manifiesto los límites del capitalismo, invertir dinero en otro tipo de energías podía ser una solución a ellos. Fue entonces que antes de que se extinguieran las energías fósiles, los jeques del petróleo invirtieron en energías renovables que tan sólo los grandes estados y potencias podían pagar. Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos de América, China, los países del Golfo pérsico y hasta Rusia, empezaron a invertir en dichas energías mientras que el resto del mundo contaba sólo con el capital humano y sus cerebros andantes por el mundo, pero sin el capital económico para invertir.

Se prosiguió entonces con la brecha Norte-Sur. Los dirigentes del Sur tampoco escucharon los discursos sobrios y sentidos de las comunidades autóctonas de la época, quienes advertían que si se seguía así, una gran catástrofe ecológica irreversible ocurriría. El marketing mundial de las energías renovables fue generando especulación y más miseria. Los servicios públicos primarios como el agua, el alcantarillado y energía, fueron encareciendo. Tanto la energía fósil como la energía renovable fueron vendidas al mejor postor. Las energías renovables que fueron sostenidas a su vez por el nuevo capitalismo renovable del siglo XXI —hago hincapié en renovable porque los economistas y políticos de la época querían distanciarse y distinguirse del capitalismo del siglo XXI que se propagó a comienzos de siglo— empezaron a ser vistas por la población civil como un capricho lujoso y excesivo.

Mi familia que venía del Sur se salvó y migró hacia el norte y de paso, me salvaron a mi también. Mi papá, uno de los tantos cerebros sureños que estudió en el Norte y se quedó en el Norte, me contó todo eso. Él, que era ingeniero de petróleo, tuvo que reconvertirse y cambiar de profesión en los años de crisis. Tuvo varios trabajos como me dijo una vez. Volvió a los trabajos que tenía en tiempos de estudiante: pasó de ser mesero de un restaurante saudí —propiedad de un ingeniero amigo suyo que después de la crisis no vio más remedio que seguir con el restaurante familiar—, a ser modelo de una marca de perfumes para

hombres. Nunca pensó que el petróleo se acabaría, mucho menos que su profesión se volvería inútil. Sus manos finas y dignas de ingeniero, no le daban para trabajar como obrero de fábrica. Y qué decir de mi madre. Perteneciente a una gran familia burguesa del Sur, le fue posible hacer estudios de letras modernas y graduarse como *Suma Cum Laude* en unas de las universidades más prestigiosas de Alemania. Conoció a mi papá en una clase optativa que reunía las facultades de letras e ingeniería en esa época. Los dos se dedicaron después de graduarse a la enseñanza. Años después de casados, mi madre continuó en la Universidad y mi padre se fue a trabajar en una multinacional de petróleo francesa. Los años de crisis fueron duros, me decían los dos. Nadie pensaba que los famosos científicos de los años 2000 tuvieran razón.

«Todo el mundo se fue al carajo», me decía mi papá. «No todo el mundo», replicaba mi mamá al otro lado de la caja-casa en la que vivíamos. Pasamos de vivir en una villa llena de comodidades con piscina y cinco baños, a vivir en casas-caja. Mi mamá tenía razón, no todo el mundo se fue al oca. Los grandes jefes del sector petrolero lograron darse cuenta de la crisis y empezaron a invertir en bancos de oxígeno. Corría el rumor que el oxígeno sería el nuevo oro mundial. Ellos continuaron viviendo en grandes villas protegidas por sistemas de seguridad, mientras que sus subalternos fueron destinados a un descenso social y a vivir en casas-caja.

La nueva política mundial de vivienda, o sea la política de la casa-caja, parecía una solución a la sobrepoblación en las ciudades y, sobre todo, al encarecimiento de las casas «de verdad». Como ya no había ciertas materias primas para construir nuevas casas y apartamentos, el gobierno invirtió en tanques de tractomulas justificando, por un lado, una política de reciclaje mundial de tanques inutilizados, y por otro, una mayor conciencia ambiental ligada al cuidado del medio ambiente y al aumento de la solidaridad familiar. Fueron varios los compañeros de mi padre que sufrieron un descenso social y pasaron a vivir en las mismas condiciones que un obrero y que un campesino llegado a la ciudad. Hubo entonces un descenso social generalizado: las profesiones ligadas al sector energético cayeron a pique, así como los empleos ligados a lo inmobiliario y al ensamblaje de carros. Todos y cada uno de esos empleos fueron considerados inservibles para el bien de la «humanidad». Los ecologistas más radicales sintieron que habían ganado una victoria agridulce. Los empleos que tanto habían cuestionado durante años de lucha se caían frente a sus ojos, pero la crisis ecológica continuaba. Los espacios verdes protegidos aún en pie empezaban a ser carcomidos por un nuevo hongo que nadie sabía de dónde venía y los espacios verdes por proteger empezaban a ser puestos en venta para construir opciones de energía renovable. La Amazonía, por ejemplo, pulmón del mundo en los años 2000, hoy en día es tan sólo un pedazo de tierra de 1

metro por 1 metro, convertido paradójicamente en destino turístico, situado en un museo de historia natural en Brasil.

Fue así que en los años de crisis recordados por la generación de mis padres, se sienten ahora en el cuerpo de los transeúntes enmascarados y, sobre todo, en los pies de aquellos que renunciaron a tener una familia por no tener suficiente oxígeno con que nutrirla. Si antes la gente, decían mis padres, hacía lo que fuera por comer y por no morirse de hambre, ahora se hace lo que sea por ahorrar oxígeno o robarlo sin ser descubierto.

En el año 2100, fecha en que nací, empezó el uso obligatorio de la máscara para evitar respirar gases peligrosos provenientes del calentamiento global. Yo nací como todos los humanos del nuevo milenio con una máscara puesta en la cara. Qué decir de las generaciones que me siguieron: no sólo nacieron con una máscara incorporada al momento de nacer, sino que se les implantó un chip que medía la cantidad de oxígeno utilizado por día. Luna, mi querida hija, nació así, con una máscara incorporada y con un chip. Le puse ese nombre teniendo la esperanza de ver algún día la luna y que todo el aire impuro de nuestra tierra se desvaneciera para poder por fin contemplar las estrellas. Mi mamá me contaba historias de mitos y leyendas y de cómo las estrellas guiaban a los humanos y sus barcos a destinos inimaginables. Ella tampoco pudo ver ni las estrellas ni la Luna. Lo que me contaba lo había leído en libros y hacía parte de esas historias orales que se

transmiten de generación en generación. Fue su abuelo argentino, que murió en el año 2095, quien le contó que tan sólo una sola vez vio la luna y todo fue cuando hubo un gran apagón mundial y en el cielo se pudo ver una aureola blanca y él pensó que era ella.

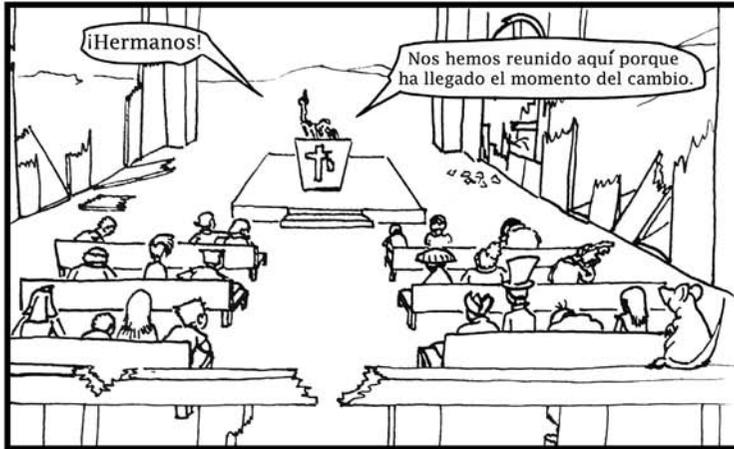
Luna, a su corta edad, me pregunta si algún día podrá ver la luna y entender por qué le puse ese nombre. Yo le digo que quizás, que ahora hay gente que vive allí, pero que tendrá que trabajar muy duro y agotarse poco para que le alcance el oxígeno de su vida para ir allí. Mi Luna hace todos los días lo necesario para gastar poco oxígeno y así poder ganar muchos años de vida. En el colegio enseñan a los estudiantes a administrar su diafragma, así como a hablar en voz baja y sin precipitación para poder gestionar el oxígeno. También hay clases de deporte para aprender a oxigenar el cerebro. Luna trata de sacar las mejores notas, ya que a los mejores estudiantes los premian con varios tanques de oxígeno que pueden utilizar libremente después que se gradúen. En efecto, todos los habitantes tenemos una cuota de oxígeno diaria y una cuota de por vida que podemos heredar a nuestros hijos en caso de muerte. En el año 2121, el Congreso Mundial de Sauerstoff, realizado en Stuttgart, estableció un límite de oxígeno por humano, así como empezar los preparativos para investigar energías intergalácticas que pudieran servir a la Tierra. Marte y otros planetas fueron los primeros en ser explorados. Treinta años después se descubrió un

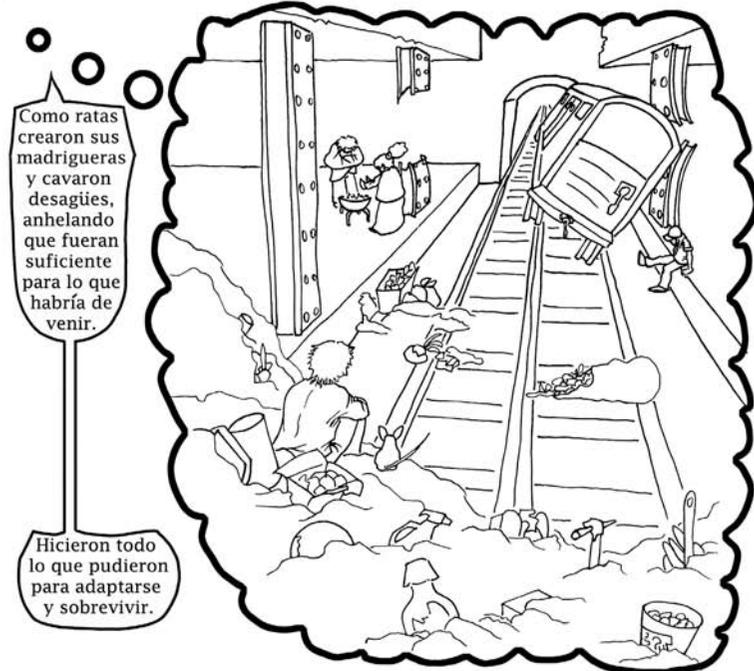
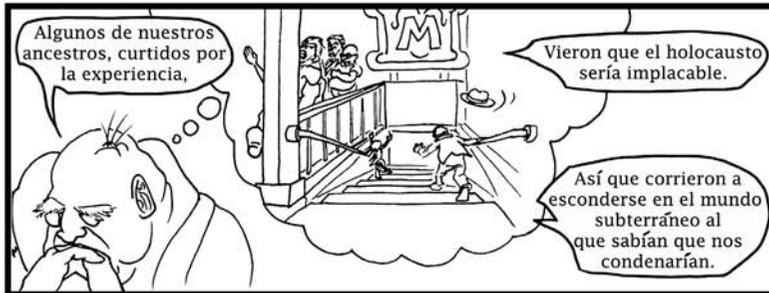
nuevo planeta, el cual llamaron 2151 y que podría cambiar el destino de la Tierra.

Yo no sé si 2151 permitirá que mi hija conozca la Luna o que tenga una mejor calidad de vida, pero 2151 es el año en donde a mis 51 años, le cedo conscientemente mi oxígeno para que tenga la opción de contemplar las estrellas que yo nunca pude.

Post-scriptum: A partir del año 2130 se permitieron los suicidios sacrificiales que permitieron a las futuras generaciones tener 30 % más oxígeno que sus antepasados.

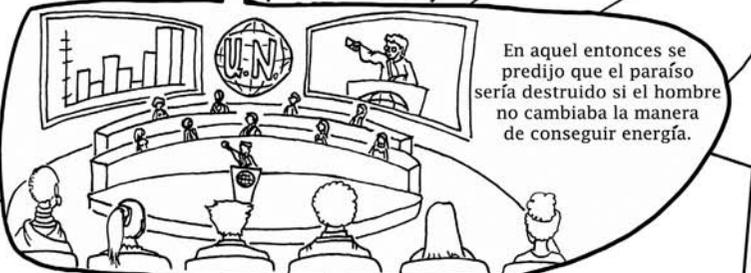
PROFECÍAS



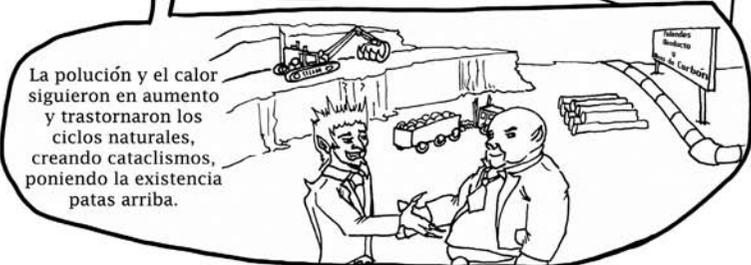




El abuelo del abuelo de mi abuelo fue uno de ellos. De una generación a otra, en secreto, éste saber llegó hasta mí.



Sobreexplotando el carbón y el petróleo, los líderes de las patrias y las compañías que les daban órdenes intoxicaron el planeta más allá de todo límite reparable. Un cambio radical se hizo indispensable, pero no quisieron escuchar.



En aquel paraíso moribundo existieron unas planicies de hielo llamadas capas polares.

Pero el calentamiento global las derritió, y se elevó el nivel del mar. Maremotos, tsunamis y huracanes inundaron la tierra y ahogaron la poca civilización que el hombre había logrado.



La temperatura siguió en aumento y evaporó el agua dejando tierra salada y cubierta de plástico, totalmente irreparable, invivible. Adelantándose a éstas consecuencias, los poderosos se aglomeraron en las montañas y se robaron las fuentes hídricas. Nos dejaron sin ríos, sin agua potable para beber.





EL BOSQUE, LAS CIÉNAGAS, LOS PESCADORES:

Dstrucción de 6.000 hectáreas de bosque nativo y de 12 ciénagas en el valle del río Cimitarra (1986-1988). Historia ambiental para hacer memoria.

– Stephany Patricia Narvéez Peña –

Los pobladores del valle del río Cimitarra tienen en su memoria un suceso que les causó gran impacto y dolor, por el que culpan a Ecopetrol y a sus actividades de exploración y explotación de pozos petroleros en el Magdalena Medio. Según los pobladores entre 1986 y 1988 desaparecieron aproximadamente 12 ciénagas y 6000 hectáreas de bosque nativo en la parte media del valle del río Cimitarra, en intermediaciones entre Yondó, Antioquia, y Cantagallo, Bolívar.

Este texto es la reconstrucción del suceso desde las voces de algunos campesinos y campesinas que evidenciaron la transformación de estos ecosistemas y adelantan acciones para denunciar el daño y exigir una reparación.

Es la historia y son las reflexiones de campesinos y campesinas de las veredas Campo Cimitarra, El Descanso y El Bagre de Yondó, Antioquia, y de las veredas Puerto Argelia, Cuatro Bocas y la Esperanza de Cantagallo, Bolívar, escritas como una sola voz, la voz colectiva que se ha construido a través de la organización y del conocimiento de la naturaleza con la que interactúan.

Ahí comenzó toda la perdición

Cuando llegó la industria petrolera a Yondó, esto eran puros humedales profundos. Para poder sacar el petróleo, la industria de ese entonces, la Shell Cóndor, construyó un dique que iba desde Peñas Blancas Remolinos¹ hasta la Rompida Dos, por la finca de un señor llamado Ramiro Parra. No recuerdo los kilómetros de ese dique, pero eso fue por allá en 1937, más o menos. Ellos construyeron ese dique y parten el río Magdalena, por un lado.

La carretera actual que va de Yondó² al Tigre³, es ese dique que antes era el Magdalena. Sobre ese dique construyeron un muelle, llamado Carmelita. Ese fue el primer muelle de descargue de material pesado que hacen los holandeses para traer todo lo que necesitaban para la explotación petrolera.

1. Estos son los nombres actuales de las veredas en que se sucedieron los hechos que se narran.

2. Cabecera municipal de Yondó, Antioquia.

3. Corregimiento de Yondó.

La Shell también canalizó un caño al que llamaron en esa época Caño Colector y hoy le decimos Caño Negro. Este evitaba que las aguas del río Magdalena irrigaran las ciénagas de Yondó, secándolas para poder explotarlas. Entonces comenzaron a evacuarse todas las aguas del plan de Yondó⁴ porque como hay un desnivel por el nivel de mar, las aguas descendieron, se escurrieron y Yondó quedó seco.

La idea era drenar las aguas de los humedales de Yondó para poder perforar los pozos y así no hacer tanto movimiento de tierra construyendo diques.

Con eso viene la explotación de hidrocarburos, una explotación agresiva. El pico más alto de explotación petrolera que tuvo el casco urbano de Yondó, era aproximadamente de 95.000 barriles diarios.

El Caño Colector no sirvió únicamente para drenar las aguas, sino también para depositar todas las aguas residuales de los campamentos petroleros y las aguas aceitosas de los pozos. Cuando se rompía algún tubo o cuando había mucho flujo de crudo en un pozo y había derrame, todo ese aceite caía sobre el Caño Colector y producía una mortandad de pescado y de aves. Encontrábamos al pato Yuyo y a las garzas todas empatacadas de aceite.

Desde ahí comenzó toda la pérdida.

En 1984, con el fin de encontrar más pozos, Ecopetrol contrata a la Western, también llamada «la sísmica», una

4. Se refieren a la cabecera municipal actual.

multinacional gringa encargada de hacer hallazgos petroleros. Vinieron a explorar, a hacer trochas, a hacer rotos, y a meter dinamita para buscar el petróleo y marcar los lugares. Ellos supuestamente encuentran un montón de pozos productivos en la Rompida Uno⁵.

Cuando Ecopetrol empieza a perforar en 1985 los pozos de la Rompida Uno, transporta maquinaria, taladros, machos, toda esa maquinaria pesada. para perforar pozos. Los mandaba por agua, por un brazuelo del río Magdalena llamado la Rompida hasta cierto punto y luego lo soltaban en una tierra muy poco firme.

Si se pasan unos carros y una maquinaria pesada de un lado del agua a una tierra no tan firme, sucede lo que se llama un arrastre. Esa tierra se convirtió en una «chamba» de descargue de maquinaria pesada para aligerar el traslado.

El río Magdalena daba la vuelta en el caño la Rompida y pasaba. Ahí donde daba la vuelta ellos hicieron esa carretera, «esa chamba». Por ahí se fue el río.

Ecopetrol termina la perforación de ese pozo y no afirma el arrastre. No le echa tierra o hace un cordón, dique o talud, sino que dejó así y eso quedó como un bajo.

En una creciente del Magdalena, el brazuelo la Rompida se desborda y va derecho al Cimitarra. De un lado todas las ciénagas se acaban pues se seca el caño Bellavista que sostenía a las ciénagas y este lo irrigaba el caño la Rompida.

5. Vereda en la actualidad.

Por el lado que rompe el brazuelo, las aguas se meten en abundancia en todos los bajos, que eran vegas secas.

Una cosa son las vegas secas y otras son las vegas húmedas. Esto, que era una vega seca, era inundado por el Cimitarra, por periodos cortos de menos de un mes. Esto⁶ era pura montaña nativa, por ambos lados del Cimitarra.

Al entrar el Magdalena, todo su sedimento entra a las ciénagas e inunda la montaña. Son millones y millones de metros cúbicos de lodo que llegaron y acabaron con todo eso. Se represó toda el agua del Cimitarra, de los humedales del Magdalena y los sedimentos.

Esas vegas que demoraban crecidas solo algunos días, les entró un poco de lodo y un montón de agua que nunca mermó. Toda esa vegetación se pudrió, se secó y se murió, tanto por el margen derecho como por el margen izquierdo. Fueron seis mil hectáreas de bosque nativo las que desaparecieron en mayo de 1987.

Lo que se perdió

Los bosques nativos cubrían el margen derecho e izquierdo del río Cimitarra. Todo eso era montaña, con ciénagas que se comunicaban con el Cimitarra. Era un complejo cenagoso, una cadena de varias ciénagas rodeadas por un cordón de vegetación de bosque nativo, que fue lo que se acabó.

6. Se están refiriendo al sector comprendido entre las veredas El Campo Cimitarra, El Descanso, El Bagre. Estas veredas quedan a las orillas, o están conectadas directamente al río Cimitarra.

Estas ciénagas tenían esa particularidad hermosa de estar protegidas por la montaña nativa. Por eso el pescado cuando desovaba, desovaba en esas montañas: la dorada, la doncella, todos desovaban ahí.

Esto era bosque por todas partes. Puros icacales en las orillas, unos palos que mantienen mucho en las orillas de los caños y de las ciénagas. Uno lo llama icaco porque mantiene unas pepitas pequeñas amarillas o rosadas.

Donde uno se moviera era pura montaña y ciénaga. Todas las orillas del Cimitarra eran así.

Ahí ya vino la perdición. De ahí pa' allá, se puede imaginar qué pasó. Los micos se murieron de hambre en los palitos, las choibas, el mono cotudo, ardillas, mico tití, perezoso, mico camilan, marteja. Todos esos animalitos se murieron.

Un muchacho de la Fundación Primates nos decía que esos animalitos nadan, pero nosotros sabemos que ellos nadan cuando ven bosque del otro lado. Un primate que está en un palo seco y ve todo lleno de agua prefiere morir, pero no se baja. Si él está en el palo seco, sin fruto y donde está, está inundado, pero al otro lado ve un bosquecito, él se tira, busca y nada. Pero ahí, viendo pura agua, seis mil hectáreas de bosque en pura agua, no se tiraron y se murieron allá secos de hambre en los árboles.

Dentro de esa montaña uno encontraba aceituno, sa-
pán, cococrystal, cocomono, chupo de danta, roble ¡Cual-
quier cantidad de roble!

El chupo de danta es un árbol muy hermoso que había en la zona y que le gustaba mucho a la danta; otros le dicen estopo, haga de cuenta un chupo. Él tiene varias pepitas y eso era lo que la danta perseguía, pero también la guagua y todos los primates. Por aquí abundaban los primates porque había mucho frutal.

La montaña era la despensa para ellos; en la cadena alimenticia, era integral para ellos. En esta misma vega abundaba la danta, el pajuil, la pava. Era impresionante cuando uno entraba a esas montañas ver tanta flora y fauna y tanta variedad de madera.

Ahora solo se ve agua y cuando desciende el nivel del agua, se alcanzan a ver los troncos de lo que era la montaña nativa. Todo eso fue arrasado. ¡Hay una deuda forestal ni la verraca!

Había mucha comida, mucho pescado, dorada, doncella, pacora. Todas ellas entraban a desovar a la montaña. Cuando estaba crecido el bosque había mucho alimento para la dorada y la doncella. Ellas disfrutaban de ese banquete y hacían el desove. En la crecida hacían el desove y cuando bajaba el nivel iban a los ríos. Ese era el proceso constante. Por eso abundaban. Hoy en día no, no tienen tiempo ni de comer, ni tienen tranquilidad para comer.

No solo fueron las hectáreas de montaña que se perdieron. Se perdieron doce ciénagas: El Arrastre, La Aparecida, ciénagas inmensas grandísimas. El Guamo, era una ciénaga que llegaba hasta el Tigre ¡Cómo sería de inmensa!, La Poza

de la Yuca, El Chompo, El Roble, Caballito, Pozo Tortuga, La Esperanza, Las Cruces, El Totumo, Sabalito, y Sábalo Viejo.

Con ello disminuyó la cantidad de peces y la explotación pesquera. Aquí teníamos una mina de pescado. La gente traía yuquita y plátano y la cambiaba por pescado. Esa era la salvación porque de resto, esto es muy pobre; la riqueza de esto era el pescado.

Por ejemplo, nosotros llegamos aquí para pescar. Yo llegué con mi familia por la pesca, porque cuando eso había pescado por todas partes. Con un solo lance se cogía una buena «pocholada» y no había necesidad de tirar más lances. Esto era tan rico de pescado que de aquí se llevaban a Barrancabermeja diez mil pescados semanales o tres toneladas entre cacharro, bagre, doncella y dorada. Se enhielaban y se echaban pa' Barranca.

Cuando el caño Bellavista desembocaba aquí⁷ sostenía a las ciénagas. A cualquier hora que uno se parara ahí sobre el caño Bellavista, se podía salir pa' Barranca, porque había mucho transporte. Aquí venía mucha gente: de Yanacué, San Lorenzo⁸, del Cimitarra pa' arriba.

La gente se remediaba con el pescado y la cacería. Había mucho cabuche, puerco de monte, ñeque, danta, guagua.

Eso fue lo otro que condujo al campesino a echarle mano a la madera, porque aquí el 80% de la gente que

7. Se refieren a la vereda Cuatro Bocas.

8. Otra vereda de Cantagallo.

había, era pescadora. Desde ese entonces, el que tenía su pedacito de tierra, vendía su madera y de ahí pa' adelante, incluso como vemos ahora, hasta se trabaja con la minería.

Con Ecopetrol estuvimos en varias reuniones y debates, pero el presidente de Asojuntas entró a dialogar con ellos y hasta ahí llegamos. Acá hicimos venir al superintendente y se hicieron reuniones incluso con la participación de ingenieros ambientales de la Universidad Nacional, durante los años 1987 y 1988.

Según Ecopetrol, estas veredas y las cercanas no estábamos dentro del área de influencia directa del daño y quedamos en el área de influencia indirecta. Eso lo dijeron como para maquillar un poco la cosa, como para aquietarnos. El presidente de Asojuntas también colaboró, porque nunca se supo a qué arreglos llegaría con Ecopetrol. Esta empresa supuestamente iba a indemnizar y a recuperar algunas ciénagas de las que se perdieron, pero la cosa se quedó así y nosotros nos cansamos de asistir a cualquier cantidad de reuniones sin fruto.

A eso no le pararon bolas, ni el municipio y mucho menos Ecopetrol. Dejaron eso abandonado y mire lo que hoy tenemos. El alcalde de esa época tiene una deuda social y ambiental, pues no se movió un palito para esa situación y el municipio no exigió a la empresa. Cuando se hace la evaluación sobre quiénes fueron los responsables de esta situación, está el municipio y Ecopetrol.

Eso no se ha recuperado porque no ha habido un plan estructurado, para canalizar las aguas. Necesitamos recuperar las fotografías satelitales de esa época, de cómo era en el 86, 87 y 88 para poder, verdaderamente, visibilizar el impacto que generó esa destrucción.

LA DESPEDIDA

– Jaime A. Quintero Arias y Juliana Betancur Ayala –

Si no fuera por la llegada de la profesora Ana, creo que hoy estaría muy triste. Esta mañana, cuando caminaba de mi casa a la escuela, encontré a mi amiguito Daniel con su mamá y sus dos hermanitos esperando la chiva que baja de la vereda La Cristalina a las seis de la mañana. Vi que tenían dos maletas, un costal lleno de ropa, unas ollas sin tapas y otras cosas que no supe qué eran. Laica, la perrita de Dani, estaba jugando con la cabecita de un muñeco viejo que andaba tirada en la calle. Él se la quitaba y la lanzaba lejos y Laica corría tras ella para soltarla destrozada en sus manos. Me paré a mirar un rato, pero no me acerqué a saludar. Dani estaba silencioso. La mamá tenía a Sergio, su hermanito menor, tomado de la mano para que no se aventara a la calle;



pues, por aquí pasan pocos carros, pero van rápido cuando la trocha está buena, como ahora. La han mejorado mucho para que puedan pasar los que llevan materiales y trabajadores para el proyecto. Sabía que Dani y su familia tenían que irse de la vereda porque están construyendo una obra muy grande hace un tiempo. Dicen que para generar energía y llevar progreso a

mucha gente. Lo más seguro es que se vaya lejos y no vuelva a la escuela, al menos, a esta, donde hemos estudiado desde los siete años y ya tenemos doce. Yo cumplo en marzo y él en junio. Un día hablamos de lo parecidos que éramos. Se nos hacía extraño que pensáramos igual en tantas cosas: en lo que nos gustaba y en lo que no. A los dos nos encantaba mirar la luna, ver las estrellas, leer cuentos y aprender cosas nuevas en la escuela. Muchas veces caminábamos en silencio por el bosque de regreso a casa, cuando las clases terminaban temprano. A veces me contaba historias y me dejaba esperando el final hasta el otro día. Creo que lo hacía con la intención de que quisiera verlo de nuevo, para irnos a caminar juntos. Hoy Dani se irá de la vereda y yo me quedaré con su recuerdo. La profesora Ana nos dijo que eran cuarenta y ocho familias las que tendrían que salir de estos lados. Muchos aún no saben para dónde, pues por aquí han vivido siempre, aquí han cultivado y han tenido y criado a sus hijos. La empresa de energía les dijo hace cinco años que los acompañaría en todo, que no se preocuparan por nada, que quedarían mejor que antes. Pero hoy Dani no estará en la escuela y, de verdad, me hará mucha falta. Dicen que unos van para el pueblo, otros para veredas cercanas y parece que la familia de Clara se irá para Medellín. La empresa de energía asegura que donde estén podrán tener mejores oportunidades que aquí.

A los que se quedan les prometen que van a pavimentar las trochas de la vereda, que harán más salones en la escuela, que van a construir un acueducto, que dotarán el centro de salud y que habrá fiestas navideñas organizadas por la empresa. Todo eso parece bueno, pero mucha gente no quiere salir del campo. Mi papá me dijo que nosotros también debemos irnos en pocos días. Yo no quiero dejar mi casa. Me harán falta las vaquitas, los cerdos y las gallinas. En el pueblo no podré tenerlos. Extrañaré las idas al Cristalino, el río a donde vamos de paseo los domingos. También me harán falta las caminadas por el bosque para ver animalitos: tortolitas, ardillas, el colibrí pechiazul y el sapito de hojarasca, que siempre veo saltar mientras muevo con un palito las hojas secas que encuentro en el camino. Hace unos días la profesora Ana nos leyó un cuento sobre una granja de animales donde había muchos conflictos y un día lograron organizarse para solucionarlos sin tener que pelear. Imaginé muchas cosas de mi comunidad. ¡Ummm! También me quedé pensando en eso de que «en la granja todos los animales son iguales, pero hay unos más iguales que otros». No le quise preguntar a la profe porque en ese momento cambiamos de actividad. Nos dejó dibujar lo que quisiéramos. Me entretuve un poco pintando una casita de cuento perdida entre los árboles de una montaña y no quise salir a jugar en la hora libre. Ana reemplazó a

la profesora Amparo. Una señora que ya no podía caminar tanto para llegar a la escuela. Tenía muchos dolores de rodilla, por eso la llevaron para un colegio en Medellín; pues, era muy difícil para ella enseñar aquí. Desde hacía un año la profesora Amparo nos ponía a jugar lotería, parqués o dominó en las clases de educación física porque no podía moverse mucho. La nueva profesora es alegre, cariñosa y muy comprometida con todo lo que pasa en la comunidad. Se nota que quiere a los niños y que ama lo que hace. Llega temprano al salón para acomodar las sillas que dejamos regadas el día anterior, borra el tablero y deja todo en orden para la clase de las siete de la mañana. Generalmente es sociales porque Ana dice que es la clase más importante del día. A veces llega en bicicleta, aunque no le gusta que los chiveros le tiren polvo en la trocha, entonces mejor camina por un bosquecito lleno de guacamayos y uvitos de monte, árboles que llevan años creciendo por aquí, dice mi papá. La profe siempre tiene un libro en las manos. Ayer me dejó ver *El Lejano amor de los extraños*, una novela que está leyendo por estos días. Cuando llega al salón de clase acomoda su morral y coloca con cuidado el libro que está lleno de papelitos de colores en los que anota cosas que se le ocurren. En la página veintiséis vi uno azulito en el que dibujó un corazón con dos letras: A y J. ¿Quién será J? Cerré el libro y la miré un momento.

Pensé en el dueño de esa J misteriosa del corazón en el papelito azul. Tal vez algún día en nuestras charlas a la hora del descanso algo me contará. Ayer le conté a Ángela que es bien difícil esto de ser profesora en una escuela rural. Si no fuera porque amo mi profesión, tal vez hoy estaría en Medellín buscando una película para ir a cine o esperando a que bajara este sol de agosto para sentarme en un parque a degustar una cerveza fría. Pero no, estoy aquí, de maestra en una escuelita en el oriente antioqueño, sin muchas palabras para tratar de decir algo medianamente pertinente a mis estudiantes que hoy me preguntaron tantas cosas que no supe responder: «profe, ¿entonces qué es el desarrollo?» «¿Qué pasará cuando no tengamos ríos y quebradas para producir energía?» «Profe, ¿para usted cuánto vale el río?» «¿Y entonces qué es la justicia?» «¿La empresa de energía podrá arreglar todos los problemas que nos trajo el proyecto?» «¿Y los peces que ya no llegarán en subienda?» «¿Y los árboles que talaron en la montaña?» «¿Es más fuerte el hombre que la naturaleza?» ¡Ummm! Son niños inteligentes, sensibles y conocedores de las realidades de su territorio. Hoy un proyecto para generar energía los empuja a la incertidumbre. Aunque cada vez conocen mejor sus derechos y se organizan para defenderlos; pues, la historia también les ha enseñado que en nombre del desarrollo las comunidades han tenido que dejarlo

todo, incluso sus sueños. Ángela estuvo extraña durante el día. Alcanzó a contarme que Daniel, su amiguito de infancia, se fue de la vereda muy temprano con la mamá y los hermanitos. En la chiva de las seis de la mañana viajaron con sus cosas e ilusiones a tratar de hacer vida en otro lado. Como Daniel, otros quince niños no regresarán a clase el próximo mes, Ángela entre ellos. Su papá ya les contó que en pocos días tendrán que abandonar la finca. Con el dinero que les entregó la empresa de energía deberán conseguir un lugar para vivir en el pueblo. Está muy triste por los animales que siempre ha cuidado en la finca como parte de sus labores en el hogar, aunque no deja de preguntarse por qué desde niñas deben repetir las historias de las mujeres de la familia: la casa, los hijos, los animales. ¿Acaso no hay otro destino diferente para ellas? Se pregunta con insistencia. La semana pasada me mostró su diario y pude comprender mejor su silencio. Me advirtió que nadie había leído lo que escribe a escondidas, generalmente en las noches. Alcancé a leer: «esta tarde decidimos capturar un camaleón, me prometió que no nos iríamos sin uno. Me sorprende ver cuando cambian de color, lo hacen para que uno no pueda atraparlos fácilmente, pero Dani es muy rápido y logra hacerlo sin mucho esfuerzo. Lo mejor de ir al bosque a buscar animalitos es que me toma de la mano y no pronuncia palabra, solo caminamos como

si nadie pudiera separarnos. Cuando estamos muy adentro del bosque nos quedamos largo rato esperando a ver un camaleón y mientras eso pasa nos miramos y reímos. Me gusta lo que siento cuando estoy con él, me parece el niño más lindo de la escuela y el corazón me salta muy fuerte cuando está cerca de mí. No le puedo contar a papá, pues ya me ha dicho varias veces que lo de tener un novio es cosa de grandes, solo para eso quisiera crecer. *No sé bien qué es el amor / pero cuando te veo / siento por dentro / que te quiero / Llenas mi vida de color / y tu sonrisa me hechiza / ojalá si me miras / veas en mis ojos / la ternura que inspiras*». El cerdito de retazos de tela que le hizo su mamá es el único testigo de sus confesiones nocturnas, las que lee en voz baja y tarareando cada sílaba, para estar segura de que escribió lo que sentía. La finca donde vive perteneció a sus abuelos maternos. Allí nació su mamá, quien creció junto a diez hermanos que cada noche escucharon las historias que les contó su padre antes de dormir. El abuelo no dejó de hacer lo mismo con Ángela hasta que murió de viejito hace dos años. Muchas de las historias que le contó eran ciertas: andanzas suyas de joven, como cuando tuvo que huir del pueblo donde nació porque se enamoró de la novia de un policía. Otras eran historias que inventaba al ritmo de sus narraciones, esperando siempre dar forma a finales inesperados para que Ángela pusiera

cara de sorpresa, dejara escapar una sonrisa y le dijera que ya tenía sueño. En ese instante el abuelo le acariciaba la cabeza con ternura durante un momento, le daba un beso en la frente y se aseguraba de que tuviera la cobija hasta el cuello, la única manera de sortear el frío nocturno por estos lados. Ángela es una niña inteligente y sensible. Parece de pocos amigos, claro, ama los libros y generalmente prefiere estar sola. Las novelas de Julio Verne y los cuentos de Cortázar la cautivan. Podría pasar horas leyendo sin inmutarse por la presencia de los demás compañeritos de clase, como cuando leyó de corrido el cuento *La Señorita Cora*, y sonreía cada vez con las angustias de Pablito y su amor adolescente. Cuando algo le llamaba poderosamente la atención en el cuento paraba la lectura, cerraba el libro, miraba hacia el techo del salón y dejaba escapar una sonrisa, en ocasiones, acompañada de un suspiro. Por esos detalles me fui dando cuenta de su sensibilidad por el arte, por el conocimiento, por la vida. ¡Vida triste! Hoy no fue un buen día en el proyecto. Varios trabajadores contratistas de la empresa de energía acompañaron a sus familias a que cogieran la chiva que los llevara hasta el pueblo. Familia tras familia fueron saliendo al paso en la trocha para montar enseres, niños, animales y lo que pudieran llevar antes de que comience a llenar el embalse para la nueva central hidroeléctrica. Con el avance de

las obras, cada vez más gente ha tenido que irse. A nosotros nos toca en pocos días, pues la empresa de energía ya compró la finca y tendremos que buscar dónde vivir. Con esa plata no podemos aspirar a mucho, pero nos dicen que en el pueblo podemos progresar, tal vez conseguir un empleo para no tener que seguir cultivando y cuidando animales. Todo eso me confunde, pues dejé de sembrar tomate que es de lo que he vivido siempre para venir a trabajar al proyecto. Me pagan un salario mínimo y tengo seguridad social, cosa que despierta mucha curiosidad en los campesinos por estos lados. Cada semana nos llevan a charlas con la psicóloga para que aprendamos sobre seguridad en el trabajo y cómo tener buenas relaciones con los compañeros de la obra. Esto lo están haciendo más seguido desde que Darío y Carlos Iván se pelearon un día que llegaron borrachos. Cuando terminen las últimas obras del proyecto todos tendremos que partir. Unos cuantos se quedarán con un contrato permanente con la empresa de energía, entre ellos Carlos Iván, pues logró hacer un curso importante en Medellín y ya es más estudiado que todos nosotros. De la salida de la finca mi mujer no dice mucho, pero sé que está preocupada. Cuando algo le atormenta se calla por días. Ángela habla poco también. Sus amiguitos ya no están y parece que la escuela se está quedando sola. Veo que escribe en su diario durante dos y tres horas por

las noches. Luego lee pasitico como para que nadie la escuche. Me pregunto: ¿qué la pone a escribir tanto? Es una niña inteligente, hasta creo que será maestra cuando sea grande, aunque también le gusta mucho la música. Cuando tenía tres años no dejaba de cantar: *mi gallina saraviada, hace días puso un huevito y del huevito nacieron dos pollitos chiquiticos que le decían pío pío mamita, pío pio pío mamá.* Se la enseñó su madre para entretenerla mientras le daba la sopa. Ángela no dejaba de cantar, a veces hasta la repetía cuando estaba a punto de caer dormida: *píoooo píoooo mami-taaaa, píoooo píoooo mamáaaaa...* Y se quedaba profunda. Eso es ella, un amor grande que la vida nos regaló para hacernos más llevadera la existencia. Mi hija también escribe poemas. Tal vez esa vaina artística la sacó de su tío Fabián, quien ganó varios concursos de trova en el pueblo y en Medellín. A él también le gusta escribir poemas en un cuaderno viejo que mantiene al lado de la cama, porque dice que la inspiración llega sin avisar. Hasta escritora llegará a ser Angelita. Todavía recuerdo cuando me escribió en una carta de cumpleaños: «¡Si te vieras papito como yo te veo! Antes de salir de casa siempre te miras al espejo y dices en voz baja ‘me estoy poniendo viejo’. Yo vuelvo a mirarte y para mi eres ¡tan bonito! No sé por qué a ustedes los grandes les preocupa tanto cumplir años, yo soy feliz el día de mi cumple. En cambio, sí me pongo

triste porque no puedo regalarte algo, solo un dibujo del atardecer rojito que tanto nos gusta mirar desde el árbol de pomarroso y un pequeño poema sobre lo que tú significas en mi vida: *me has enseñado / a mis sueños no renunciar / amas la verdad / no conoces la maldad / mis miedos se alejan / cuando tomas mi mano / sigues mis pasos / por si de pronto caigo / calmas mi tristeza / cuando por la mañana despierto / y me siento sola / entonces me abrazas / y yo papá / simplemente te quiero*». Esa vez lloré a escondidas para que no me vieran. Nunca había llorado así, por ternura, pues a mí no me permitieron llorar por esas cosas, entonces nunca lo aprendí. Pero Ángela hasta me hace llorar. Sé que cualquier cosa la hará muy bien. Un día me dijo: «papá, cuando sea grande escribiré cuentos para niños», creo que el culpable es su abuelo, con esas historias que le contó siempre y que ella disfrutó tanto antes de caer rendida de sueño cada noche. Supe lo de la señora Patricia y su hijo Daniel. Se fueron esta mañana en la chiva de las seis, y tal vez por eso Ángela hoy está más silenciosa que todos los días. Me dijo su mamá que no quiso almorzar, que no tenía hambre. Desde que llegó de la escuela está columpiándose en el árbol de pomarroso que hay detrás de la casa. Cuando Ángela se queda en ese lugar es porque está triste, porque algo la está atormentando. Mientras más se columpia más florecitas rosadas caen de las ramas

del árbol. Queda en medio de un tapete de flores rosadas, parece como dibujada en un cuadro. La veo pero no soy capaz de acercarme, prefiero llamarla con un grito de lejos para que no se dé cuenta que la estaba mirando: «Ángelaaaaaaa, es hora de picar el forrajero para las vacaaaaaas... No se le olvide la mieeeeeel». Ella se acerca sin ganas y cumple con su tarea. Además de las vacas, está encargada de los cerdos y las gallinas, pues quiere mucho a los animales, aunque a veces se enoja y me dice que no desea hacer oficios, que ella está para otras cosas. Yo no entiendo de qué cosas me habla. Me gusta hablar de mi papá, pues es un hombre bueno. Cuando decidió trabajar en el proyecto nos dijo que era para tener más plata y que la familia viviera mejor. «¿Y el cultivo de tomate?», le pregunté esa noche, pues mi mamá no es capaz sola de lidiar con eso. Respondió que ya lo podíamos dejar, que intentaría hacer otra cosa, además que si trabajaba en el proyecto hasta podría quedarse de empleado cuando terminaran la obra. Con los días el cultivo de tomate se llenó de maleza, el invernadero se fue cayendo a pedazos y yo tuve que trabajar más para alimentar a las vacas, pues el forrajero se estaba acabando rápido por el verano. A veces lo encuentro pensativo en la silla mecedora del corredor donde pega el sol por las tardes. Es que las obras están terminando y pronto tendremos que irnos a vivir al pueblo. Sé que

papá está preocupado porque casi no escucha música, esa que le encantaba poner en las mañanas mientras se alistaba para trabajar en el cultivo de tomate y en los quehaceres de la finca. Aprendí muchas canciones, de tanto escucharlas me las grabé para siempre: *camino viejo de mi vereda / por donde tantas veces pasé / llevando al hombro la taleguera / con mis cuadernos y mi pizarra / rumbo a la escuela de doña Inés / Recuerdo mucho que en tus orillas / crecían la malva, las clavellinas / las amapolas y el girasol / y que las aves en la mañana / trinos cantaban llenos de amor / Hoy que regreso a mi vereda / después de tanto vagar sin fe / vine a buscarte, viejo camino / camino viejo de mi niñez / y con tristeza sólo he encontrado / seguramente por tu vejez / que ya no existen las clavellinas / las amapolas ni el girasol / y solo quedan las viejas ruinas / de aquella escuela de doña Inés.* Esta la canté el año pasado en las fiestas de la vereda. Él se sintió muy orgulloso porque después de la presentación me entrevistaron de la emisora comunitaria y dijeron que yo era una promesa de la música popular. Hace unos días lo vi haciendo un listado de lugares a donde pediría trabajo en el pueblo. Los mismos negocios en los que en otras épocas compraban los cajones de tomate que papá bajaba de la finca cuando había cosecha. Él ama los animales y todo lo que vive en el campo. Cuando está en la finca siempre anda con botas, con un sombrero

para protegerse del sol y con un machete que casi nunca saca de la funda. Le sirve para quitar maleza de los árboles, porque ¡le encantan! Dice que son seres maravillosos, que tienen tanto poder y sabiduría que nada los molesta. Su árbol preferido es un guayacán de flores amarillas que el abuelo sembró a un lado de la huerta cuando yo nací. Cuando el guayacán florece mi papá pasa horas sentado en una banquita de madera mirando las flores sobre el prado verde. Se ve lindo. Cuando algún día aprenda a pintar, mi primer cuadro sería mi papá en la banquita rodeado de flores amarillas, pensativo como si no existiera nada más en el mundo. Tiene la costumbre de acariciar con amor los troncos de los árboles, les quita ramitas, hojas secas y les habla. A veces les hace preguntas y se queda en silencio como esperando una respuesta. Buscando respuestas a las preguntas de los estudiantes esta tarde salí de clases hacia la pensión de doña Marina y me encontré con varios campesinos de la Asociación. Me dijeron: «profe, ¿nos va a acompañar a la manifestación?» Llevaban unas pancartas y dos megáfonos. Me contaron que la comunidad estaba convocada para protestar en la sede que la empresa de energía tiene al lado de la alcaldía. La salida obligada de las familias de la vereda, los problemas ambientales por la tala masiva de árboles, la pérdida de fuentes subterráneas de agua, la huida de animales que han habitado el bosque por

décadas, los problemas de los pescadores artesanales que ya no pueden vivir de su oficio, los cambios en la agricultura tradicional, en fin, tantas problemáticas que ha traído el desarrollo a estas tierras, después de que hace 70 años vieran en este oriente antioqueño una minita de oro representada en agua, en agua para generar energía que ni siquiera beneficia a los habitantes de estos lados. Entregan sus ríos y quebradas y hasta tienen que pagar más por un servicio público que se genera en sus campos y veredas. A la manifestación estaban invitados también los estudiantes de la institución tecnológica, los del colegio agropecuario, los grupos juveniles y hasta los periodistas de la emisora comunitaria, aunque quién sabe si les permitan decir algo a favor de la gente, pues la empresa de energía tiene copada la programación de la emisora con cuñas alusivas a los beneficios del proyecto. Me detuve a conversar un rato con Argemiro, un señor entrado en años que se ha opuesto al proyecto hidroeléctrico desde que comenzaron los primeros estudios hace dos décadas. Argemiro tuvo que salir de su tierra cuando se construyó la primera central hidroeléctrica que inundó gran parte del pueblo donde nació. Conoce bien los problemas de esta idea de progreso que les vendieron al comienzo del proyecto. Sabe que los impactos negativos serán más grandes que las cosas buenas para la comunidad. «¿Cuánto vale el

río?», le preguntó Argemiro hace un tiempo a un ingeniero de la empresa de energía en una discusión en la sede de la Junta de Acción Comunal. El ingeniero sonrió y le respondió que era mucho más valioso todo lo que la empresa les dejaría si no frenaban el proyecto. «No obstaculicen el desarrollo», les dijo. «Hoy tenemos la tecnología y el conocimiento suficientes para construir la central hidroeléctrica sin necesidad de causar tantos daños como ocurría antes», concluyó. Pero Argemiro ya había escuchado ese argumento años atrás y fue testigo con su familia y la comunidad de grandes problemas sociales y ambientales que la central hidroeléctrica de entonces les dejó para siempre. Por eso, hoy se moviliza junto a otras personas de la vereda para defender sus derechos. Unieron esfuerzos y convocaron a un movimiento nacional que defiende los ríos, así como a una ONG internacional que apoya causas ambientales para que los acompañen en la protección del río Cristalino, su territorio e historia. Cuando voy de paseo al pueblo me gusta recorrer el Museo Histórico. Es pequeño, acogedor y silencioso. En varias ocasiones veo a los ancianos recorrer sus espacios observando los restos de la iglesia del pueblo viejo: pedazos de pared, baldosas partidas, hierros retorcidos, fotografías, puertas antiguas y hasta una campana de bronce enorme y pesada se exhiben allí como muestra de un pueblo que fue obligado a desaparecer

para darle paso al desarrollo. Lloran con mucha discreción. Caminan lento, se detienen ante las imágenes del pueblo donde nacieron y echaron raíces alguna vez. En el pueblo nuevo llevan varias décadas tratando de hacer vida, de reconstruir lo que un día en nombre del progreso tuvieron que perder. Como ingeniero encargado de la obra insisto en que no perderán nada. La central hidroeléctrica les traerá muchos beneficios, como tener por fin una carretera pavimentada, una escuela más grande y en mejores condiciones, un acueducto, un buen centro de salud y mucho más. Adicional, la empresa de energía siempre ha sido responsable con la prevención, la mitigación y la compensación por los impactos sociales y ambientales que ha ocasionado y ocasionará en el futuro. Lástima, eso sí, lo de las fuentes subterráneas de agua que se secaron por las infiltraciones del túnel que conduce a la casa de máquinas. Definitivamente ese impacto no estaba previsto en el Plan de Manejo Ambiental, son cosas fortuitas que nadie espera. La inestabilidad de la montaña también ha sido algo con lo que no contábamos, pero garantizamos que no habrá mayores problemas, que las poblaciones aguas abajo del muro de la presa no correrán más riesgos. Podrán dormir tranquilas porque la empresa está comprometida con la seguridad y el bienestar de la gente, como dicen las cuñas de la emisora comunitaria: «avanzamos de la mano con la comunidad».

Lo de los pescadores artesanales sí estaba identificado, pues es normal que ya no haya peces río abajo y que tengan que pensar en vivir de otra cosa distinta a lo que han hecho por décadas. Eso también es una oportunidad para ellos, considerando que la empresa los capacitará para que se conviertan en emprendedores del turismo que bastante aumentará por estos días en esta región. Insisto en que no son «familias desplazadas», son familias reasentadas; no hay «mortalidad de peces», hay disminución de fauna íctica en el río; no hay «tala indiscriminada de bosques», hay limpieza de laderas; no «desestabilizamos la montaña», la adecuamos para represar el agua; no estamos «transformando la agricultura tradicional y las costumbres de los pobladores», hay algunos cambios en la vocación económica en el territorio; no «acabamos con la fauna y la flora», reubicamos especies nativas en otros lugares; en fin. Pronto saldremos de aquí, pues la empresa acaba de obtener licencia ambiental para construir otra central hidroeléctrica en un municipio cercano. Si la profesora Ana no estuviera hoy en la escuela no iría a clases, pasaría las horas columpiándome en el árbol de pomarroso hasta que se acabara el día. Tal vez picaría el forrajero para las vacas y llevaría la comida a los cerdos y a las gallinas, pero nada más. Todo será muy diferente y, por ahora, no tengo ganas de vivir de otra forma. Aquí soy feliz. La profesora Ana nos dice que debemos estudiar

para aprender muchas cosas, sobre todo a amar la naturaleza, la vida en todas sus formas y para que aportemos al bienestar de la comunidad. «¿Para qué necesitamos generar tanta energía?» Nos preguntó ayer. Nadie respondió. Tuve un impulso de decir algo, algo de lo que mi papá me ha contado, pero no fui capaz de hablar. También nos preguntó si sabíamos de otras formas para producir la energía que consumimos todos los días. Yo leí sobre eso en un folleto de la empresa que mi papá llevó a la casa alguna vez. Pero no me atreví a hablar porque en esa ocasión poco entendí. «Saquen una hojita y hagan un dibujo entonces para que respondan las preguntas», nos dijo ante el silencio de todos. Luego nos pidió que pegáramos los dibujos en la pared del salón. Yeison dibujó unas máquinas y unos edificios enormes. Clara pintó unas avenidas largas llenas de carros. Cristián dibujó un centro comercial en Medellín. Andrés coloreó un aparato que recibe y transforma la energía del sol. Mi hoja estaba en blanco. La profe Ana me preguntó por qué y le dije que no sabía la respuesta, ni siquiera era capaz de expresarla en un dibujo. Cuando estábamos de regreso a los pupitres le dije que no comprendía por qué los edificios, las grandes avenidas, las industrias, los miles de carros en las ciudades y los centros comerciales donde se venden tantas cosas, se construyen sin pensar mucho en los que pierden sus ríos, su tierra, sus animales, su hogar, sus costumbres y su historia. La profe

Ana me dio un abrazo y mandó a todos a la hora del descanso. Mi mamá anda muy silenciosa empacando las cosas. Papá vendió las vacas y ya no tenemos cerdos ni gallinas. Tendrá que encontrar trabajo en el pueblo porque pronto terminarán las obras. Me dice que no esté triste, que nos irá bien y que conseguiré nuevos amigos. Esta mañana camino a mi último día de escuela vi mucho alboroto en la vereda. Había gente extraña que colgaba serpentinas de colores en los corredores de las casas y una pancarta muy grande que decía: «Avanzamos de la mano con la comunidad», acompañada de una foto de una señora campesina sonriente que abrazaba a sus hijos felices. Un señor alto, de uniforme azul y con casco blanco me dijo: «hoy es un día muy especial para la vereda, vamos a comenzar a llenar el embalse para la generación de energía». Seguí sin prestar mucha atención, pues casi eran las siete y pronto comenzaría la clase de sociales. Volví la mirada para decirle adiós.

AUTORES Y AUTORAS

Ludwwin Espitia Quintero. Diseñador gráfico, estratega digital, artista visual y youtuber. Vivo en Bogotá, Colombia y he trabajado para diversas entidades e industrias en el Reino Unido, Estados Unidos, China y América Latina. En youtube me encuentran como Pillelo y en instagram, como Pillelos.

José David Barajas. Nací en Tunja y actualmente paso mis días entre Bogotá y Tunja. Soy ingeniero de sistemas y trabajo como *freelance*. Desde siempre he sido un fanático de la fantasía y la ciencia ficción.

Linda Oneida Suárez Sánchez. Docente de básica primaria en Cimitarra Santander. Soy psicóloga, defensora de derechos humanos y lideresa social. Pertenezco al movimiento local resistencia a la minería y al extractivismo, al movimiento mujeres en común y a la Alianza Colombia libre de Fracking y otros.

Diana Carolina Gómez Rueda. Trabajadora Social egresada de la Universidad Industrial de Santander. Vivo apasionada del arte, el medio ambiente y la justicia social y soy amante de ponerle color a la vida, y de la fotografía a blanco y negro.

Andrea Echeverri Sierra. Ambientalista. He integrado y apoyado distintos procesos en defensa de todas las formas de vida principalmente en Antioquia. Actualmente hago parte del equipo de trabajo de Censat Agua Viva.

Silvana Flórez. Nací en la ciudad Bogotá, actualmente soy docente de Artes Plásticas de la Universidad del Quindío en el Instituto de Bellas Artes. Mi trabajo personal se enfoca en ilustrar diversas realidades las cuales son plasmadas en soportes que van desde papel hasta prendas de vestir.

Iván Rodríguez. Soy de la ciudad de Bogotá. Soy ingeniero de producción y Magíster en Desarrollo Sustentable y Gestión Ambiental. He trabajado principalmente en gestión de proyectos de educación, cultura y bibliotecas públicas. Escribo sobre la vejez, la enfermedad y la crisis ambiental.

Bru-Tal Cómics. Somos un colectivo integrado por 3 creadores mexicanos, Ignacio Salinas, quien escribe, JM Cuéllar y Rubén Castillo con la parte artística. Bru-Tal Cómics tiene la finalidad de contar historias que aporten algo positivo a la sociedad. Actualmente residimos en México (Cuéllar, Castillo) y Brasil (Salinas).

Natalia Orduz Salinas. Vivo en Bogotá y trabajo en la Fundación Heinrich Böll. Estudié derecho y una maestría en conservación y uso de la biodiversidad. Me he dedicado a apoyar luchas por la autonomía y la participación de las personas y comunidades que cuidan los territorios.

Andrés Gómez O. Vivo en Medellín y Marinilla (Antioquia). Fui ingeniero de petróleo y soy agricultor orgánico y ambientalista. Hago parte de la Alianza Colombia Libre de Fracking y del Acueducto Comunitario de Cascajo.

Yhonathan Virguez Rodríguez. Docente de artes e investigador de la SED. Candidato a doctor en Artes U. de Antioquia. Diseñador gráfico, licenciado en Artes y magíster en Estética e Historia del Arte. He publicado artículos e ilustraciones sobre arte, cultura y educación en diferentes medios que pueden consultar en www.nodoarte.com

Jorge Piragua Forero. Nací y vivo en Bogotá. Soy profesional en estudios literarios egresado de la Pontificia Universidad Javeriana, poeta, escritor y guitarrista en la banda de rock psicodélico «Los Bliss» y mi mayor compromiso es usar el arte para hacer cambios profundos en las distintas realidades que nos afectan a todas y todos.

Lina Hernández Díaz. Soy de la ciudad de Cúcuta, arquitecta egresada de la Universidad Francisco de Paula Santander, soy voluntaria de la Fundación Juventudes Literarias, me gusta dibujar, investigar sobre arquitectura en tierra, y los gatos.

Alma Cielo Ochoa Sterling. Caleña de corazón y son, residente en París. Politóloga interesada en temas de decrecimiento, pedagogía de paz y justicia social.

Sebastián Chalela Morris. Artista, escritor, traductor, fotógrafo, animador e ilustrador ubicado en la ciudad de Bogotá. Soy amigo de las historias que se viven en las calles donde la realidad es a veces más extraña y profunda que la ficción.

Stephany Patricia Narváez Peñaz. Socióloga, oriunda de Barrancabermeja - Magdalena Medio. Soy integrante del Grupo de Investigación en Historia Social de la Universidad de Antioquia y del Equipo Técnico de la Asociación Campesina del Valle del río Cimitarra – ACVC.

Jaime Alberto Quintero Arias. Vivo en Medellín. Soy docente en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Hago parte de la Alianza Internacional por la Justicia Hídrica, liderada por el Centro de Estudios Andino Bartolomé de Las Casas y la Universidad de Wageningen. Me encanta escribir.

Juliana Betancur Ayala. Vivo en Medellín. Soy estudiante del Pregrado en Comunicaciones en la Universidad de Antioquia. Me gusta escribir poesía y soy una apasionada por la música.

Las infinitas maneras como los seres humanos vivimos y nos relacionamos con la energía en todas nuestras actividades tienen consecuencias en las múltiples formas de vida. Estos impactos van desde el debilitamiento ecológico de paisajes cercanos hasta la crisis climática global, y suelen estar marcados por disputas humanas por el poder, las ganancias y el control de la energía.

Las historias que conectan nuestras ideas y nuestros usos de la energía con las crisis ecológicas en distintas escalas permanecen ocultas. No nos atrevemos a investigarlas, ni a imaginarlas; no permitimos que nos hablen, que nos muestren los dolores que atraviesan, ni que nos sugieran, quizás, alguna posibilidad de giro.

Huellas de la energía es una obra colectiva compuesta por cuentos, poemas, cómics e ilustraciones de artistas convocados públicamente por la Fundación Heinrich Böll en Colombia. En este libro se exploran relaciones entre la energía y la crisis ecológica como, por ejemplo, las conexiones entre nuestros usos de la energía y los conflictos que ella suscita durante su trayecto antes y después de nuestro disfrute y cómo serían escenarios futuros en entornos de escasez energética y entornos degradados.